

JUDIT TARAZAGA

CONFUSA

CONFUSA JUDIT TARAZAGA

OceanofPDF.com

Copyright © 2023
Judith Tarazaga
Todos los derechos reservados

OceanofPDF.com

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2303293903446

Twitter: @judit_tarazaga

OceanofPDF.com

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Epílogo](#)

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Sara vuelve a pararse en mitad del campo. Se nota más cansada que de costumbre, como si ese entrenamiento, a pesar de ser como el de todos los días, fuese mucho más duro que cualquiera. No está muy centrada y tiene la sensación de que la forma física de una de esas abuelas que a veces pasean alrededor del estadio, es mucho mejor que la de ella.

—¡Sara! ¿Se puede saber qué haces? —la aludida se gira para ver a su prima Vanesa gritándole desde la banda—. No te quedes parada, que el partido continúa.

Sara mira a sus compañeras como si de repente reparase en que están jugando y no llevasen ya quince minutos de partido entre ellas. Respira profundamente y apretando los dientes, corre hacia la portería donde están todas las jugadoras disputándose un posible gol. Levanta la mano indicando que está libre y, para su sorpresa, Marta se la pasa y la pelota termina en sus pies. Sara se centra y siente ese cosquilleo que le entra cada vez que tiene oportunidad de marcar. Clava la mirada en los pies de las jugadoras que vienen hacia ella, tratando de adivinar de esa manera casi mecánica con la que siempre lo hace, los movimientos que harán para adelantarse y escapar con el balón. Decidida, se detiene en seco y pisa el balón para cambiar de dirección, pero lo hace con tanto ímpetu y poco control, que nota como el tobillo se le tuerce y un calambre de dolor la atraviesa dejándola clavada en el sitio.

A sus rivales no les cuesta robarle el balón y escucha las protestas de Marta desde la otra banda. Una cosa es que la jugadora se esfuerce —por complacer a su novia— en hacer juego de equipo, y otra que le haga gracia que Sara pierda la pelota.

—¿Te quieres mover? —Pregunta Marta cuando pasa por su lado.

Sara coge aire y mueve el pie tratando de valorar la lesión, sabe que no es grave, pero debería abandonar el campo y ponerse hielo. Aun así, no lo hace y sale corriendo detrás de Marta con la intención de subsanar su error. Otra compañera recupera la pelota y Sara, a pesar de que el tobillo le pincha

cada vez que pisa el suelo, alza la mano para indicar que está sola y vuelve a recibir el balón. Se desmarca de dos compañeras en dos movimientos que hasta a ella la sorprenden teniendo en cuenta el dolor que siente y cuando Marta se adelanta por la izquierda, Sara chuta el balón con todas sus fuerzas para pasárselo. La jugada se traduce en un golazo que Marta celebra como si jugasen un partido oficial, pero Sara se ha quedado quieta en el sitio, porque el pase no ha hecho más que aumentar el dolor en su tobillo.

El silbato que hace sonar su prima indicando un descanso la hace suspirar de alivio, no solo le duele, está cansada y tiene sed como si viniera del desierto.

—¿Estás bien? —Vanesa está a su lado, y la mira con cara de preocupación.

La actitud ha cambiado de entrenadora enfadada a prima preocupada en cuestión de segundos.

—Sí, solo me he torcido un poco el pie, pero no es nada —le quita importancia Sara.

—¿Puedes caminar? —Pregunta Vanesa con expresión desconfiada.

—Sí, claro, necesito sentarme un rato, nada más.

Sara sonríe y apoyándose en el hombro de su prima, caminan las dos fuera del campo para que se siente en un banco.

—A ver, déjame ver ese tobillo —exige Vanesa.

Sara se saca la bota y el calcetín para dejar al descubierto el pie. Tiene un poco de inflamación justo por debajo del hueso, nada que no le haya pasado otras veces, pero a Vanesa no le gusta lo que ve y pide con un grito seco que le traigan hielo.

—No me lo digas, te lo has torcido cuando te han robado el balón —Sara nota la mirada de desaprobación de Vanesa, pero asiente porque se le da muy mal mentir—. Joder, Sara, ¿por qué no has parado entonces?

—Yo qué sé, quería que ganásemos.

—¿Un entrenamiento? No me jodas.

Vanesa mira a Marta, que bebe agua junto a otras compañeras junto a la banda.

—No te dejes contagiar por su competitividad, ¿quieres?

—No, eso ya lo haces tú —Sara le saca la lengua y las dos se ríen.

—En fin, vete al vestuario, has terminado por hoy.

—Pero si no es nada —protesta la jugadora.

De repente Sara nota un agobio que le atenaza el pecho. Está cansada, pero la idea de no hacer nada es mucho peor que correr agonizando por el campo. Últimamente, necesita estar ocupada todo el tiempo, de lo contrario le cuesta respirar y las horas se le hacen muy largas sin saber por qué se siente así.

—Venga, Sara, no me hagas repetirlo —insiste Vanesa con voz autoritaria.

Sara se calza y se levanta sin apenas mirar a sus compañeras. Se dirige al vestuario y sin ninguna prisa, entra en la ducha y deja que el agua caliente le caiga por encima. Ahí se desconecta, esos son los únicos momentos en los que consigue relajarse y no pensar en nada.

—Sara. ¿Estás bien? —Marta la mira con cara de preocupación cuando sale de la ducha. Sara se pregunta cuánto tiempo se ha tirado bajo el agua caliente, ni siquiera ha escuchado entrar a sus compañeras—. Vane me ha dicho que te has torcido el tobillo.

Marta la mira con expresión culpable y Sara tiene que esforzarse por aguantarse la risa, todavía le cuesta acostumbrarse al cambio radical que ha dado la relación entre ellas desde que Marta sale con Vanesa.

—Vanesa es muy dramática, solo me lo he torcido un poco, pero prefiero descansar para estar al cien por cien el sábado.

—¿Estás segura de que podrás jugar? —Pregunta mirándola fijamente.

—La duda ofende—. Responde poniéndose una mano en el pecho.

—Bien —Marta dibuja una sonrisa maliciosa, odia perder y sin Sara la delantera del equipo se queda bastante coja—. Pues mejórate, y si necesitas algo, nos llamas —le responde con una amplia sonrisa.

—Claro.

Marta se gira y comienza a desnudarse para meterse en la ducha. Sara se queda mirándola, incapaz de comprender que hace poco más de un año se odiasen a muerte, y ahora Marta no solo se ha convertido en alguien de su familia, sino que empieza a considerarla una buena amiga en la que puede confiar tanto como en su prima.

—Qué fuerte —dice incrédula, sonriendo en voz baja.

Se termina de vestir cuando las demás salen de la ducha y gritando un adiós general, sale del vestuario dándose cuenta de que cojea más de lo que le gustaría.

Sara llega a casa con la única idea de irse directamente a la cama. Ha tenido las piernas en tensión todo el entrenamiento y ahora nota los músculos cansados y temblorosos. Está segura de que si pone la pierna en alto apoyada sobre un mullido cojín, cuando se despierte esa inflamación habrá disminuido hasta quedarse en un mal recuerdo.

Mientras cocina el salmón en el horno, enciende la televisión poniéndola en un canal deportivo donde están repitiendo un partido de su jugadora de tenis favorita, pero ni siquiera eso logra captar su atención. Su mirada, absorta y nerviosa, se centra en las paredes a medio pintar del comedor. Últimamente, para paliar ese nerviosismo que siente y el agobio que le entra cuando no tiene nada que hacer, le ha dado por pintar, y no es que lo haga especialmente bien, por no hablar de que ese buen gusto que tiene para combinar la ropa que se pone cada día, no se traslada a la hora de elegir colores y su comedor le parece un cuadro abstracto de esos que hay colgados en los museos y que ella no entiende.

Apaga el televisor y decide que mejor cena en la cocina, en silencio y sin ver ese desastre que ella solita ha montado. Tal vez sea buena idea que un día de estos les pida ayuda a Vanesa y Marta para que la ayuden a arreglarlo, pero por ahora, debe centrarse en que se le cure ese tobillo, porque no quiere perderse ni un partido.

Capítulo 2

Cuando Sara se despierta al día siguiente está un poco desubicada y le cuesta centrarse. Coge el móvil y comprueba la hora, no es muy tarde, aunque tampoco tan temprano como le gustaría. Ve que tiene un mensaje de su prima y pulsa para leerlo.

—*Buenos días, ¿qué tal el tobillo?*

Sara, que no había movido más que el brazo en ese momento, mueve ambos pies al mismo tiempo y se da cuenta con disgusto de que todavía le duele. Se lamenta porque no se le ocurrió tomarse un antiinflamatorio antes de irse a dormir. Se destapa y se incorpora para mirarse el pie, lo sigue teniendo un poco hinchado y ahora también hay un ligero moretón dando color a la zona dolorida.

—Joder —dice suspirando.

A su prima le miente y le dice que ya no le duele en absoluto, sabe que si dice que tiene un poco de molestia, mañana la sentará en el banquillo, y Sara quiere jugar al menos la mitad del partido. Se levanta y se dirige hacia la cocina para hacerse un café mientras decide lo que hace. Cuando pasa por el comedor, no quiere ni mirar las paredes, lo mismo que la ayuda a desestresarse cuando está nerviosa, la exaspera cuando ve todo el trabajo que tiene pendiente si quiere volver a dejar las paredes en condiciones.

Se prepara unas tostadas y mientras come recuerda que su amiga Rebeca, o tal vez debería llamarla amante, le habló una vez de un fisio al que suele acudir cuando se lesiona en el gimnasio. Decide que eso es justo lo que necesita, uno que le ponga un buen vendaje o tal vez una infiltración. La doctora del equipo queda descartada, acudir a ella es peor que acudir a su prima, como poco la deja sentada en el banquillo dos semanas y eso no puede permitírselo.

De nuevo coge el móvil y le escribe un mensaje a Rebeca preguntando si le puede pasar el número de aquel fisio del que le habló. La chica responde al cabo de un rato y le pregunta si le pasa algo. Sara le explica por

encima y en cuanto Rebeca le da el número del centro de un tal Jorge Almendro, llama para pedir hora.

—Tendrá que ser el miércoles de la semana que viene como muy pronto —dice la mujer que le ha contestado al teléfono.

—¿El miércoles? —Sara se alarma y se pone las manos en la cabeza—. No puedo esperar tanto, necesito que me vean el pie hoy.

—Con Jorge lo tenemos todo lleno, pero si quiere que la atienda otro de los fisioterapeutas del centro, esta misma mañana nos han cancelado una cita y Claudia Utiel podría atenderla, sería a las doce, ¿le va bien?

Sara mira el reloj, tiene tiempo de sobra.

—Sí, vale, a las doce es perfecto, gracias.

La futbolista todavía no ha dejado el teléfono sobre la mesa cuando este empieza a sonar de manera repentina. Sus ojos se abren con sorpresa al ver el nombre de su hermano Marcos, hace semanas que no hablan.

—Qué—. Responde en tono seco y borde cuando descuelga el teléfono.

—¡Buenos días, enana! —Saluda con voz alegre su hermano.

A Sara le repatea que la llame así siendo ella mayor que él, pero se contiene y no protesta.

—Marcos. ¿Qué ha pasado? —No está de humor para soportar sus tonterías y tiene prisa, si no se viste y se prepara, llegará tarde a la cita con la fisio, y eso no se lo puede permitir.

—Nada, solo quería saber cómo estabas.

—Tú nunca llamas por nada —dice extrañada—. ¿Qué quieres?

—Tan simpática como siempre —se mofa burlón.

Sara suspira con desespero esperando a que continúe. Su hermano y ella han sido siempre polos opuestos a pesar de que en el fondo se entienden muy bien.

—Llego a la ciudad mañana y me preguntaba si me querrías ahorrar la habitación de hotel.

Ni pensarlo, se dice a sí misma horrorizada ante la idea, Sara valora demasiado su tranquilidad.

—¿Y por qué no te quedas en casa de papá y mamá? Les sobran habitaciones.

—He venido a ver a la familia, pero ni loco me meto en esa casa, me sacan en una bolsa para cadáveres en menos de treinta minutos.

Sara resopla. No le puede negar que tiene razón. La relación de Marcos con su padre es muy tensa desde hace años, por eso se le ve poco por la

ciudad.

—Pues coge un hotel. Vivo en un piso pequeño y estoy liada con los entrenamientos, aquí no vas a estar cómodo.

—Claro que sí, ni notarás que estoy. Llego mañana a las dos de la tarde.

—Ni de broma, aquí no te quedas —no obtiene contestación y se separa el teléfono de la oreja para observarlo como si fuera un alienígena—. ¿Marcos? —Un pitido indica que la llamada ha terminado.

—Será capullo —suelta el exabrupto Sara tirando el móvil de malas maneras sobre la mesa.

Nota la ira invadiéndola por dentro. No soporta a su hermano cuando la ignora y da las cosas por hechas sin contar con su opinión. Tiene ganas de gritar y dar patadas a los botes de pintura que hay por el comedor, pero se contiene inhalando el aire lentamente. Lleva años copiando esos consejos que la psicóloga daba a su prima Vanesa para controlar su ira, y lo cierto es que las respiraciones le funcionan cuando se exaspera como lo está ahora.

Se da una ducha rápida, se viste con ropa cómoda y unas deportivas de bota que le sujeten el tobillo para intentar paliar el dolor.

Llega al centro de fisioterapia justo un par de minutos antes de su cita. La mujer con la que ha hablado le dice que ya puede pasar y cuando le abre la puerta de la sala número dos, Sara se encuentra con una mujer de más o menos su edad que la mira sentada desde detrás de su mesa.

—Me vas a perdonar, Sara —dice la mujer mirando una hoja—, pero me han pasado tu cita ahora mismo y no pone lo que te pasa. ¿Habías venido por aquí antes?

—No —contesta Sara un poco atontada.

La tal Claudia no le resulta destacable por ningún aspecto físico, para ella no es guapa, ni tampoco fea; sin embargo, tiene algo que le llama la atención sin que Sara sepa definir exactamente lo que es.

—¿Y qué es lo que te trae por aquí?

—Tú sabes lo que haces, ¿no? —suelta Sara de repente.

Claudia la mira entre sorprendida y divertida. Es la primera vez en el poco tiempo que lleva allí haciendo suplencias que le hacen una pregunta como esa.

—Pues diría que sí —responde acompañando sus palabras con una caída de ojos que desconcierta a la jugadora.

Ahora la mira de otro modo diferente y concluye que, sin duda, Claudia está a la altura de ser una más en esa larga lista que no deja de crecer.

Vanessa no hace más que decirle que siente la cabeza de una vez, que no puede andar bajando bragas a unas y otras, pero a Sara le resulta más cómodo divertirse sin mezclar sentimientos, ya ha visto en otras jugadoras los problemas y la tristeza acarreada por rupturas y peleas y no quiere eso para ella, al menos es de eso de lo que siempre trata de convencerse.

—Perdona, no sé por qué lo he dicho —se disculpa Sara.

En realidad sí que lo sabe y lo tiene muy claro, no quiere que ninguna mano inexperta le toque el tobillo y se lo deje peor de lo que está, su carrera deportiva depende de ello, pero también sabe que si le menciona a esa mujer que es jugadora profesional, lo más probable es que le recomiende no jugar el siguiente partido, y Sara no quiere escuchar algo que ya sabe.

—Haré ver que no te he escuchado, venga, cuéntame, ¿qué te pasa?

—Ayer me torcí el tobillo y necesito que me lo arregles porque mañana he quedado con una amiga para ir a correr y no quiero darle plantón, será poco recorrido, te lo prometo —dice Sara sin respirar.

Claudia carraspea. A Sara, además de atractiva y demasiado inquieta, le parece un tanto peculiar.

—Vamos a echarle un vistazo a ese pie antes de que me arrepienta.

La fisioterapeuta le señala la camilla y Sara se levanta y se descalza antes de sentarse.

—Seguro que sabes lo que haces, ¿no?

Sara se pone roja cuando las palabras vuelven a brotar de su boca. Claudia se queda clavada en el sitio, a punto de perder la poca paciencia que tiene.

—Te voy a hablar muy claro, Sara. Yo aquí solo vengo algunos días para hacer suplencias, no estoy fija en la plantilla porque profesionales como yo hay muchos y lamentablemente no tengo un trabajo fijo en esto y me lo tengo que combinar con otra cosa. Dicho esto, si no te fías y prefieres que te atienda alguien que trate con pacientes a diario, eres libre de marcharte ahora mismo, pero si decides quedarte, lo harás fiándote de mí y dejando de cuestionar mi trabajo de una vez.

La jugadora la mira boquiabierta. En cierto modo, Claudia le recuerda un poco a Vanessa cuando le echa bronca, aunque su prima a veces es más brusca y a estas alturas ya la habría expulsado del campo.

—Sí, vale, me quedo —acepta bajando la mirada como si fuera un perro arrepentido.

Sara sube la pierna a la camilla y le muestra su tobillo. Claudia se pone unos guantes y sentada sobre un taburete, va palpando y haciendo pequeños movimientos con el pie de Sara.

—¿Esto duele?

—Muy poco —contesta Sara.

—¿Y esto?

—No, eso no.

—¿Y si lo tienes en reposo notas molestia?

—No, si no lo muevo ni me acuerdo de que me duele.

—Es una simple inflamación, esto con Ibuprofeno y unos días de reposo, se curará solo —concluye Claudia.

—Ya, pero yo no puedo estar de reposo, tengo un trabajo —dice Sara nerviosa—, y tengo que estar de pie todo el día.

—¿No puedes coger la baja unos días?

Claudia le coge el pie y le hace un masaje en la planta para relajar la tensión que percibe en Sara. La jugadora se estremece sin saber muy bien el motivo, y aparta la mirada porque es incapaz de sostenerla teniendo a Claudia delante mirándola de esa manera penetrante.

—No puedo coger ninguna baja.

Sara está a punto de decirle que eso sería una catástrofe, pero no puede y de repente siente ganas de llorar. El cansancio que tenía ayer en el entrenamiento vuelve a invadir su cuerpo y siente la mente embotada y la sensación de que en la habitación hay muy poco oxígeno.

—Está bien. Te enseñaré como hacer un vendaje compresivo y antes de irte al trabajo te lo haces para que el tobillo esté bien sujeto mientras estás trabajando, pero en cuanto llegues a casa, te lo quitas y haces reposo para que el pie descanse.

—¿Con eso podré correr? —pregunta Sara emocionada.

—¿De qué trabajas?

—Quiero ir a correr con mi amiga, ya te lo he dicho —dice Sara evitando responder.

—Es tu pie —dice Claudia encogiendo los hombros—. Mi consejo es que lo fuerces solo lo justo y necesario y que descanses al menos un par de días, pero ya eres mayorcita para saber lo que tienes que hacer.

Claudia le enseña a hacer el vendaje y cuando acaba se encuentra a Sara mirándola con una sonrisa boba en la cara. Sin duda, nunca se ha encontrado a nadie como ella, pero tampoco trabaja muchas horas y piensa

que quizá es que simplemente no se ha dado el caso y como Sara los hay a patadas, y peores también.

—¿De qué te ríes? —pregunta Claudia con una extraña confianza que parece haber entre las dos.

—De que me acabas de salvar la vida, muchas gracias —. Responde Sara reprimiendo las ganas que le han entrado de repente de darle un abrazo.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

Sara sale del centro de fisioterapia contrariada, está feliz porque el vendaje que Claudia le ha dejado puesto hace que no sienta dolor en el pie y le da tranquilidad para saber que podrá jugar el partido, pero agobiada por la llegada de su hermano. El regreso de Marcos será como dar un paso atrás en su familia, volverán los dramas, las discusiones y las peleas con su padre. Solo de recordar las situaciones le sube una incomodidad por el centro del pecho que le corta el aire. Sara no está pasando por su mejor momento, ni siquiera ella es capaz de definir el motivo por el que se pone tan nerviosa o se siente tan agobiada en determinadas situaciones, y lo último que necesita ahora es añadir tensión a su vida. Pero Marcos es su hermano y, aunque ha decidido visitarlos en el peor momento, ella debe estar de su lado como siempre ha hecho.

Llega a su casa hecha una bola de nervios, todavía falta un buen rato para el entrenamiento y de repente siente que las paredes se cierran a su alrededor y no puede respirar. Deja la bolsa con las vendas y la pomada que Claudia le ha recomendado comprar en la farmacia y se queda mirando la pared. Necesita matar el tiempo o se asfixiará, así que se viste con ropa vieja y de nuevo coge una brocha y se entretiene esparciendo pintura como si la vida le fuera en ello. No entiende por qué algo tan absurdo como eso logra frenar el ritmo de sus pulsaciones, lo lógico sería hacer yoga o meditación como hace alguna de sus compañeras de equipo, pero Sara lo ha probado y la pone más nerviosa todavía.

Cuando se siente más serena, se da una ducha, come algo rápido y sale a la puerta justo cuando su prima llega a recogerla con el coche.

—¿Qué tal ese tobillo, Sara? —Pregunta Vanesa justo cuando abre la puerta. Obviamente, no piensa decirle que le sigue molestando un poco, y mucho menos que ha ido a una especialista por su cuenta.

—Muy bien—. Las respuestas tan secas no son propias de ella, por lo que su prima se huele que ha pasado algo.

—¿Estás bien? —Vanesa se ha medio girado para mirarla sin perder de vista la calle.

Sara se da cuenta en ese momento de que Marta no está en el coche, pero se ha puesto tan nerviosa que ni siquiera le pregunta, lo que alerta todavía más a su prima.

—No me hagas insistir, Sara —la voz de Vanesa es imponente, casi tanto como cuando se enfada en el entrenamiento—, te conozco, ¿qué te pasa?

—Marcos viene mañana y se va a quedar en mi piso —responde sin apartar la vista del asfalto.

Ya lo ha dicho, y no es hasta que lo ha pronunciado en voz alta cuando se da cuenta de cuánto le afecta la situación.

—¿Cómo? —Las cejas de Vanesa se arquean en un gesto de sorpresa—. No me habías dicho nada. ¿Cuándo te lo ha dicho?

—Porque no lo sabía ni yo. Me ha llamado esta mañana para avisarme, porque, como siempre, el muy capullo espera que todo el mundo esté a su entera disposición.

Sara cruza los brazos sobre el pecho y suelta un bufido que le levanta el flequillo de la cara.

—¿Y no puede quedarse con tus padres? Buff, no, olvida eso.

Vanesa es perfectamente conocedora de lo mal que se lleva su primo con sus tíos y de lo desastrosa que puede resultar esa convivencia, aunque solo dure unos pocos días.

—Claro que no puede. Se fue a Alemania solo para alejarse de ellos —dice como si su prima no conociese ya la historia—. Te aseguro que si pasan dos días en la misma casa se terminan matando. Mi padre no ha cambiado de opinión, sigue pensando que mi hermano está tirando la vida a la basura.

—Quiero mucho a mi tío, pero a veces me dan ganas de abofetearlo. Si mi padre estuviera en sus cabales lo pondría en su sitio. Todavía me acuerdo de la pelea de las Navidades de hace cinco años —resopla Vanesa rememorando ese incómodo momento y reza para que la situación sea mejor esta vez.

—No me lo recuerdes —dice Sara agobiada.

—¿Y por qué no se va a un hotel?

—Porque dice que no tiene dinero, pero ya sabes cómo es Marcos, a ese lo que le pasa es que no le gusta estar solo.

Las dos sonríen con nostalgia.

—Pues me parece que no tienes escapatoria, Sara. ¿Puedo hacer algo para ayudar?

Vanesa se arrepiente de inmediato de lo que ha dicho, como a Sara le dé por decirle que acoja a su primo en su casa, le da un pasmo. No solo porque está segura de que Marta no estaría muy de acuerdo, sino porque ella misma no quiere, le gusta mucho disfrutar de su intimidad con su chica.

—No, la verdad es que no —ambas se miran sin decir nada, pero Vanesa disimula su alivio.

En un intento de mejorar el ambiente, su prima sube la música de su lista compartida, eso siempre la anima. Las dos cantan a pleno pulmón hasta que llegan al campo.

El calentamiento empieza muy bien, el vendaje hace su efecto y Sara hace ejercicios y corre por el campo como si nada, pero conforme se va acercando el final, la molestia reaparece y se da cuenta de que no puede pasarse. Claudia le ofreció ese recurso para estar de pie y caminar un poco en el trabajo, no para correr detrás de una pelota ni cargar todo el peso de su cuerpo sobre ese pie.

La jugadora afloja el ritmo y trata de disimular su leve cojera, no puede permitirse que Vanesa la sienta en el banquillo durante el partido, la ansiedad se la comería viva. Además, para una vez que viene su hermano, quiere poder jugar. Sara da gracias a todos los dioses que conoce cuando hacen una pausa para beber, eso le vendrá bien a su pie para relajar el músculo, pero la gratitud se le termina cuando nota que alguien le toca el hombro.

—¿Estás mejor hoy? Marta me dijo que te hiciste daño en el tobillo —Martina, una de sus compañeras, está de pie detrás de ella con las mejillas coloradas por el esfuerzo.

—Sí, solo fue una pequeña torcedura —miente intentando ser amable.

—Me alegro —dice Martina con una sonrisa inocente—. ¿Te apetece ir a tomar algo después del entrenamiento?

La pregunta pilla a Sara por sorpresa. Levanta la vista para clavarla en los grandes ojos de Martina que la miran con esperanza. Odia ver esa expresión, porque eso significa que probablemente le terminará haciendo daño y es lo último que quiere. Son amigas desde que empezó en este

equipo y solo desea que su relación no se estropee, pero cada vez ve menos factible un final feliz entre ambas.

En estos últimos meses han pasado cosas entre ellas. Sara siempre se ha visto cautivada por el extraño atractivo de Martina, pero se ha dado cuenta de que no quiere nada más lejos de lo que ya ha pasado. Martina es una chica increíble y de una belleza poco convencional. Su boca está extrañamente alargada y sus ojos y dientes delanteros destacan por su gran tamaño, pero estos detalles se integran a la perfección con sus mejillas pecadas, el rojo carmín de sus labios y el continuo aire de inocencia que desprenden sus ojos. El resultado final es una belleza única y muy atrayente, en la que Sara ha caído varias veces sin arrepentirse. Tenía la certeza de que para las dos, todo eran encuentros ocasionales, algo a lo que ella es muy aficionada y por lo que Vanesa la reprende, harta de los conflictos que ha tenido con algunas jugadoras, pero empieza a ver que probablemente para Martina, empieza a haber sentimientos de por medio, y eso es un problema. Lo último que quiere es hacerle daño a esa chica sensible y algo ingenua, sin embargo, Sara tiene claro que ella no está hecha para una relación en este momento. Ni en ese ni en ninguno, porque jamás se compromete con nadie a nada que vaya más allá de las sábanas.

—No puedo, lo siento —los ojos de Martina brillan de decepción y Sara se apresura a añadir una excusa para que las calabazas que acaba de darle no pesen tanto—. Mañana viene mi hermano de visita y debo preparar su habitación —como lo que dice es cierto, al menos no se siente tan mal por rechazarla, pero parece que su compañera no acaba de pillarlo.

—¿Y mañana quieres quedar? Podemos vernos por la mañana —insiste esperanzada.

—No creo que pueda, quiero pasar tiempo con mi hermano —Sara tiene ganas de decirle que entre ellas no va a volver a pasar nada, pero Martina le cae bien y le sabe mal hacerle daño de esa manera tan gratuita, así que decide aferrarse a las mentiras piadosas por ahora.

—Sí, claro, no había pensado en eso. Pues ya nos decimos cosas —la sonrisa se le ha borrado un poco, aunque Martina intenta disimularlo.

—Claro.

Por suerte para ella, Vanesa hace sonar el silbato en ese momento para indicar que sigue el entrenamiento. Sara pone los ojos en blanco y se siente peor que un demonio cuando se da cuenta de que prefiere el dolor de pies, antes que seguir hablando con Martina. La siguiente hora pasa igual que la

primera, con molestia en el tobillo y una sonrisa tensa en la cara. Esta vez el tiempo pasa más rápido y antes de darse cuenta, ya han terminado. Deja que el resto de las chicas se adelanten un poco y se queda atrás recogiendo los conos.

—¿Cómo están las cosas con Martina? —Su prima se ha acercado para ayudarla—, os he visto hablando antes.

—Tensas. Pero no encuentro el valor para decirle que lo nuestro no va a ningún lado. Cada vez que lo intento me mira con esos ojos de cordero degollado y me destruye.

Vanesa tiene que aguantarse la risa, últimamente su prima está convertida en toda una rompecorazones, aunque le jode que rompa los de su propio equipo.

—A todas nos cuesta decir que no, Sara —dice en modo consejera—, pero no es justo para ella seguir pensando que va a pasar algo, deberías dejárselo claro para que siga con su vida.

—No sé por qué le cuesta tanto entenderlo —se frustra Sara—. Tampoco es la primera del equipo con la que paso una noche.

Sara se da cuenta de lo mal que ha sonado lo que ha dicho, pero no deja de ser cierto.

—Lo tuyo también es para que lo mire un profesional —dice Vanesa medio riendo.

—No seas dramática, solo me lo paso bien.

—¿Con tres cuartas partes del equipo? —Las cejas de Vanesa se elevan.

—No te quejes, que a Marta no me he acercado.

—Y pobre de ti que lo hagas —Vanesa le da un sopapo y Sara se ríe—. Ahora en serio, podrías centrarte un poco.

—No me gusta la monotonía —ambas sueltan una carcajada y siguen recogiendo en silencio unos minutos hasta que terminan.

—¿Quieres que te vaya a ayudar a preparar la habitación de tu hermano?

—¿No tienes planes con Marta?

—No, ella ha quedado con unas amigas a las que hace mucho tiempo que no ve, por eso hoy no ha venido. Puedo llevar una botella de vino, pedimos la cena y ordenamos la habitación.

—No te he preguntado antes por ella, perdona, últimamente estoy un poco despistada.

—Tranquila —Vanesa le sonríe, aunque ella también se ha dado cuenta de eso.

Sara la mira agradecida, la verdad es que la compañía de su prima le apetece y hace tiempo que no quedan ellas dos a solas.

—Me parece bien. Al menos no estaré amargada y sola, solo amargada.

—Y después dices que la dramática soy yo —dice Vanesa con los ojos en blanco.

De repente, la imagen fugaz de Claudia atraviesa la mente de Sara dejándola tiesa con un cono en la mano. La jugadora no sabe por qué ha pensado en ella, ni siquiera le duele el tobillo en ese momento como para que justifique la aparición de la chica en su mente. Se queda mirando a su prima y por un momento duda y valora hablarle de esa fisio que ha soportado su impertinencia como una campeona. Rápidamente lo descarta y vuelve a centrarse en terminar de recoger todo el material que han usado en el entrenamiento.

Capítulo 4

En cuanto entran en su casa y Vanesa se queda mirando las paredes del comedor con cara de pasmo, Sara comprende que quizá no ha sido buena idea llevarla ahí.

—¿Qué coño has hecho? —Pregunta su prima sin parpadear.

Sara divide su coleta en dos y tira hacia los lados para apretarla mientras piensa, pero no hay excusa posible para semejante desastre y combinación de colores a brochazos.

—Me ayuda a relajarme —confiesa con la boca pequeña.

Vanesa se gira hacia ella y la mira con el ceño fruncido.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Pregunta preocupada.

Sara encoge los hombros y nota la angustia subirle por el pecho hasta crearle esa sensación tan incómoda que solo sabe calmar pintando.

—A veces me agobio, Vane —reconoce sin mirarla.

—¿Cómo qué te agobias? ¿A qué te refieres? —Vanesa vuelve a mirar la pared tratando de comprender a su prima.

—Me pongo nerviosa, me cuesta respirar y las paredes parece que se me van a caer encima si me estoy quieta —reconoce nerviosa.

—Eso es ansiedad, Sara, ¿desde cuándo te pasa? —Pregunta Vanesa señalándole el sofá.

—No sé, hace unos meses, pero no me preguntes por qué estoy así, porque ni yo misma lo entiendo y eso todavía me agobia más.

Vanesa se sienta frente a ella sin saber qué decirle, y sus ojos vuelven a clavarse en la pared hasta que no puede aguantarse la risa y Sara la mira boquiabierta.

—Perdona —dice su prima cogiéndole la mano—, es que nunca había visto nada así, pero si a ti te relaja, será bueno.

—Ya —Sara también se ríe—, pero podría haber escogido una habitación, si viene alguien se pensará que soy una jodida chalada.

—Bueno, por eso no te preocupes, la podemos dejar pintada esta tarde, así tu hermano no la ve y no te hace preguntas. ¿Te parece bien?

—¿Me ayudas? —A Sara los ojos le brillan como si se le reflejase una estrella.

—Sí, claro que te ayudo, pero a cambio de que hables conmigo, Sara, eso de que no sabes lo que te pasa se lo cuentas a otra, tú y yo nos conocemos y puedes pecar de muchas cosas, pero siempre lo has tenido todo muy claro en esa cabezota tuya.

Sara se queda clavada en el sitio, con el corazón acelerado y un calor extraño que se mezcla con escalofríos. Es consciente de que antes se lo contaba todo a Vanesa, cualquier preocupación la compartía con su prima, pero desde que está con Marta, ella misma se ha distanciado un poco y tal vez sea ella misma la que ha ido acumulando todo eso que la agobia y lo haya convertido en una bola que ahora le hace daño.

—Está bien —dice cogiendo ropa vieja para las dos—, pero prométeme que no te reirás.

Vanesa se queda un poco descolocada y se pone la camiseta encima de la suya con gesto incrédulo.

—Sabes que yo no me río de ti si no me das motivos.

Las dos primas abren el único bote de pintura que tiene suficiente para toda la pared. Vanesa lo mira y después mira a Sara con gesto interrogante.

—¿Azul?

—Me gusta variar —responde su prima roja de vergüenza.

—Joder, esto va a quedar horrible, pero al menos será todo del mismo color. Haz el favor de comprar pintura blanca y cuando se vaya tu hermano, me vengo con Marta y nos pasamos un día dándole manos a esto hasta conseguir dejarlo decente —dice mirando la pared espantada.

Sara asiente, aunque no puede prometerle que no vuelva a tener un arrebató, aunque esta vez procurará que sea en la habitación de invitados.

—Bueno, habla —dice Vanesa mientras comienza a pasar el rodillo por la pared.

Su prima suspira y tras un silencio que desespera un poco a Vanesa, finalmente se decide.

—Últimamente me siento un poco sola —Vanesa se gira y la mira con la boca abierta—, tampoco te flipes, solo me pasa algunas veces. Sé que siempre digo que estoy bien como estoy, sentimientos fuera de casa y cero complicaciones, pero a veces, muy pocas —se asegura de remarcar—, me gustaría tener a alguien con quien compartir algún desayuno o salir por ahí a desconectar.

—Vaya, parece que empiezas a sentar cabeza —dice Vanesa.

—No es eso, ¿lo ves? —Sara se frustra.

—Vale, perdona —su prima guarda silencio, expectante.

—Es que ese pensamiento también me perturba, Vane. Del mismo modo que me imagino compartiendo mi vida, me estreso solo de pensarlo.

Sara se deja caer en el suelo y se sienta cruzando las piernas por delante del cuerpo. Su pantalón se sube ligeramente, lo suficiente para dejar a la vista el vendaje compresivo que Sara se ha hecho antes de salir del vestuario.

—¿Y eso? —señala su prima.

—Nada, me lo ha hecho una amiga por si acaso —miente de sopetón.

De repente recuerda a Claudia y la quiere guardar como un secreto. Últimamente no se entiende ni ella misma.

—Estoy bien, en serio, es solo por precaución.

—De acuerdo. En cuanto a lo otro —Vanesa no deja de pintar, parece que lo de darle a la brocha o al rodillo es algo que llevan en la sangre las primas—, podrías probar a ver a una psicóloga. Yo creo que solo es una etapa, Sara, estás madurando, quiero decir —se corrige cuando su prima frunce el ceño—, cambiando, y ya está. Antes querías unas cosas y ahora empiezas a querer otras, el problema es que tú te niegas a aceptarlo.

—Dice la doctora Durán —bufa Sara retomando la pintura de nuevo.

Las dos primas se ríen y terminan abrazadas.

—Tenemos que hablar más —dice Vanesa sin soltarla y dejando un beso en su cabeza.

—Sí, prometo que iré más a visitaros.

Las dos horas siguientes las pasan terminando de pintar la pared. Después limpian y recogen y acto seguido preparan la habitación donde dormirá Marcos.

En algún momento de la tarde se ha abierto una botella de vino y las copas han ido volando. Cuando se dan cuenta la botella está vacía y ambas llevan un rato riendo más de lo que deberían. Por primera vez en ese día, Sara no está tensa o estresada, sino tumbada en el sofá haciendo bromas y tonterías con su prima. Entre risas, piden una pizza para cenar y se la comen entera poniéndose al día de su vida. Sara se abre más con respecto a cómo se siente cuando se despierta sola cada día, y Vanesa le habla de cómo evoluciona su relación con Marta, sorprendida todavía de que compartan un

pasado tan mezquino y juntas estén viviendo uno de los mejores momentos de su vida.

—¿Su madre sigue igual? —Pregunta Sara.

—Bueno, ahora al menos la llama de vez en cuando para ver cómo está, pero las conversaciones son cortas y tensas, Marta no lo lleva nada bien —dice Vanesa suspirando.

—No me extraña, menuda arpía está hecha esa mujer.

Las dos la recuerdan y se les dibuja una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Me tendría que ir —menciona Vanesa poco antes de las once de la noche—, Marta debe estar al caer y me gustaría verla antes de que se duerma.

Vanesa se da cuenta de lo cursi que ha sonado, pero no ha visto a su chica en todo el día y la echa de menos, quiere poder darle al menos un beso de buenas noches, o quizá algo más.

—Sí, ya es bastante tarde —comprende Sara mientras se levanta para empezar a recoger los platos de la cena—. Gracias por la ayuda.

—No hay de qué. Si mañana necesitas algo, me avisas. Y si te agobias, también. Yo supongo que pasaré a saludar a Marcos en algún momento—, dice saliendo del apartamento.

Capítulo 5

Cuando Sara se queda sola se sorprende de lo bien que han dejado la pared del comedor a pesar de que el color no hace juego con nada. Lleva tanto tiempo dando brochazos que ya no recordaba lo bonito que es su apartamento cuando está decente. Por alguna razón, al ver la diferencia de forma tan marcada hace que le entren ganas de llorar. Desahogarse con su prima le ha sentado bien y ahora tiene las emociones a flor de piel. Estos últimos meses, Sara siente que todo la supera y le cuesta mucho gestionarse. Lo único que la tranquiliza es saber que, de puertas hacia fuera, sigue siendo la misma de siempre y nadie nota nada. Su personalidad, de por sí alegre y energética, ha tapado sus problemas de forma eficaz a ojos de todo el mundo. Para sus padres y amigas sigue siendo la misma chica feliz, obsesionada con la moda y con un gran sentido del humor que ha sido siempre. Aunque la realidad sea otra, lo importante es mantener las apariencias para que nadie pregunte.

Desde pequeña Sara aprendió que los problemas importantes son los que han tenido sus padres. Ellos empezaron sin casi nada, y a base de esfuerzo y sacrificio consiguieron mejorar el nivel de vida de la familia para poder darles a ella y a su hermano todas las posibilidades de un futuro mejor. Ella, al contrario que su prima, tuvo todo lo que siempre quiso, y, especialmente su madre, no perdía ninguna oportunidad de recordárselo. Al lado de eso, su pequeño problema de ansiedad como lo ha definido su prima, le parece una tontería sin razón de ser y que debe poder solucionar ella misma. Nada de psicólogos.

Agobiada, Sara abre la nevera planteándose si abrir una nueva botella de vino cuando le llega un mensaje. Se sorprende un poco al ver que Rebeca, su exentrenadora de gimnasio, vuelve a estar aburrida un jueves por la noche. Solo le habla cuando no tiene nada mejor que hacer, pero no puede quejarse, ya que ella también hace lo mismo.

—*Hola, preciosa. ¿Qué haces?*

Al menos esta vez va directa al grano. Odia las conversaciones vacías cuando ambas saben cuál quieren que sea el final. Se plantea seriamente qué hacer. Sus opciones son Rebeca o el vino, y teniendo en cuenta que Rebeca da más compañía y menos resaca, decide contestar al mensaje.

—*Aburrirme. ¿Quieres venir y tomamos algo?*

—*Estoy allí en quince minutos.*

Suspira cansada sin saber si ha tomado la decisión correcta, pero ahora ya no hay nada que hacer. Al menos Rebeca la distraerá. La chica sabe dar buena conversación y es complicado aburrirse con ella. Eso es lo primero que ella notó cuando se conocieron hace poco más de un año en el gimnasio donde se apuntó para mejorar su forma física. La casualidad hizo que Rebeca fuera su entrenadora y se entendieron muy bien desde un principio, les gustaba pasar tiempo juntas, aunque ninguna nunca quiso nada más. Cuando las presentaron, a ella hacía poco que su pareja del instituto la había dejado y Sara ya se estaba viendo con otras dos personas, así que ambas necesitaban más una distracción que otra cosa. Ahora son buenas amigas que quedan de vez en cuando, a veces para ir a tomar algo y otras para no sentirse solas de noche, dependiendo del día. Al menos en este caso ambas están de acuerdo con lo que buscan, no es una segunda Martina.

Sara sabe que se ha prometido parar con este tipo de encuentros, pero el vino le ha nublado el juicio. “*Esta será la última vez*” Se promete. “*Se lo diré esta noche a Rebeca, que no me vuelva a llamar*”. Necesita adoptar hábitos más saludables, si no terminará como su hermano.

Pocos minutos después, suena el timbre, indicando la llegada de su invitada. Se apresura a abrir la puerta con la copa de vino todavía en la mano. La chica la espera apoyada contra el marco de la puerta, tan guapa como siempre. Esta noche en particular, el pelo rubio despeinado después de la ducha le da un aire de dejadez que la vuelve todavía más irresistible. La recibe con una impresionante sonrisa que Sara está prácticamente segura de que ha ensayado delante del espejo miles de veces, pero que de todas formas funciona.

—Veo que no me has esperado para empezar —comenta Rebeca observando la copa medio llena que lleva en la mano.

—Si te tengo que decir la verdad, vas una botella y media por detrás —Rebeca suelta una carcajada y ella la observa con una sonrisa maliciosa.

—Vaya jueves más animado llevas. ¿Puedo pasar?

Sara se aparta de la puerta para dejarla pasar, pero la chica se queda parada nada más poner un pie en la casa. Está con la vista fija en la pared del comedor.

—¿Qué ha pasado aquí? —Sara la mira desconcertada—. ¿Has pintado?

—Sí. Viene mi hermano mañana —a Sara no le apetece hablar mucho sobre el tema.

—Qué bien. No sabía que tenías un hermano.

—Es que no hablo mucho con él.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —Sara se está empezando a poner nerviosa con tanta pregunta.

—No lo sé. ¿Te importa si cambiamos de tema? —En ese momento, Rebeca, se da cuenta de que ese no es un asunto con el que se sienta cómoda y decide dejar de incomodarla, total, solo quiere echar un polvo.

—Claro. Lo siento.

—No pasa nada, es solo que prefiero no hablar sobre ello —dice mientras camina hacia la cocina a servirle una copa de vino a su invitada.

Su hermano lleva unos años siendo un tema delicado para Sara. Ambos se han criado en un mismo ambiente, pero, así como ella decidió agachar la cabeza y hacer lo que se le pedía, su hermano era incapaz. A ella, su personalidad alegre y optimista la ayudó a ver siempre la parte positiva de las cosas, a entender por qué sus padres hacían lo que hacían. Ellos se sacrificaron y después solo querían que sus hijos lo aprovecharan. Con esa mentalidad había estudiado y se había esforzado hasta conseguir lo que se había propuesto, o lo que se le había pedido. Nunca había sabido ver la diferencia. Por otra parte, su hermano, más decidido y orgulloso, cedió ante la presión a los dieciocho años y decidió dejar de hacer cualquier cosa que se le pidiera. Empezó con rebeliones pequeñas que ponían a prueba los límites, pero a medida que entró en los veinte y encontró su camino en la vida, la situación se tensó. Decidió enfrentarse a sus padres por cada situación en la que chocaban y muchas veces creaba él mismo las situaciones para enfadarlos todavía más. Lo que empezó con malas notas terminó con una elección de vida y de carrera que su padre no pudo tolerar, su hermano Marcos se hizo actor. A partir de ese punto la relación en el núcleo familiar se fue enfriando a base de discusión tras discusión en la que ninguna de las partes cedía, hasta que a los veintitrés años, a su hermano lo aceptaron en una compañía de teatro de Berlín y no se lo pensó dos veces. Siguió viniendo en momentos puntuales a ver a la familia, pero después de

la discusión de la Navidad de hace cinco años, las visitas han sido escasas y efímeras.

Sara quiere a su hermano con locura, pero los últimos años han tenido un gran impacto en su relación. A pesar de entender su punto de vista, ella nunca toleró lo mal que había tratado a sus padres en algunas ocasiones. De la misma forma que tampoco excusaba a sus padres por cosas que le habían dicho. Sara estaba en medio y eso la agobiaba de un modo que nadie comprendía y del que tampoco se preocupaban a pesar de que sufría de ansiedad en todas las reuniones con la familia. El hecho de que Marcos siempre apareciera feliz y riendo como si nada hubiera pasado o como si estuviera mejor solo que con ellos, era algo que la ponía de los nervios.

—¿Estás bien? —La voz de Rebeca la devuelve a la realidad. Se ha quedado parada con la botella de vino en la mano y dos copas sobre la mesa.

—Sí, solo pensaba —Sara sirve las copas y se gira con una sonrisa—. ¿Vamos a la habitación?

Sin esperar respuesta de su acompañante, se dirige hacia la puerta del dormitorio. Necesita redirigir su vida, pero ya comenzará otro día, hoy necesita desahogarse y Rebeca sabe darle justo lo que necesita. Sexo, un poco de conversación interesante y una despedida sin dramas al día siguiente.

Capítulo 6

Cuando el despertador suena en la mañana siguiente, Sara se siente de mucho mejor humor que el día anterior. Parece que gran parte del enfado y agobio se ha desvanecido en sus sueños, y también con el placer de los orgasmos. Cuando se gira, encuentra a Rebeca todavía dormida a su lado.

—¡Buenos días, dormilona! —Le grita al oído—. En cuarenta minutos tienes que irte, que tengo entrenamiento.

—¿Pero no tuviste ayer por la tarde? —Dice la chica con los ojos medio cerrados y arrastrando las palabras.

—Sí, pero los viernes toca por la mañana. Así que vete espabilando —le planta un beso sonoro en la frente y se levanta de un salto.

Ayer con la noticia fresca y de sorpresa no tuvo tiempo de procesar toda la información, pero durante la noche se ha podido hacer a la idea. Su hermano va a venir y, aunque eso implica algunos cambios en su vida, también son buenas noticias por mucho agobio que le entre. Tiene que pensar así o estará amargada toda la semana que su hermano esté por aquí. O dos semanas. La verdad es que no tiene ni idea de cuánto tiempo tiene pensado quedarse y eso la perturba un poco.

Abre el armario y rebusca hasta encontrar un chándal. Se viste apresuradamente y va al baño para arreglarse. Eso siempre le lleva bastante tiempo. Se limpia la cara, se pone crema de sol, crema hidratante y tres cosas más que ya se ha olvidado de para qué sirven, pero que le dejan la piel suave y tersa. Después procede a hacerse su coleta alta de siempre y suspira dándose por satisfecha con el resultado.

Tiene un poco de resaca del día anterior, así que antes de hacerse el vendaje compresivo en el tobillo decide tomarse un Ibuprofeno. Cada vez parece que le duelen más cosas. Ya no es la Sara de veinte años que podía con todo.

Se prepara un bol de yogur con avena que se come con prisa y justo cuando está a punto de ir a llamar a Rebeca, la ve aparecer por la puerta. Todavía tiene cara de sueño, pero ya está vestida y lista para marcharse.

—¿Nos vemos algún día la semana que viene? —Pregunta frotándose los ojos.

—No sé si podré —responde Sara sin mirarla mientras recoge las cosas —, pero te digo cosas. ¿Estás lista? —. Rebeca simplemente asiente.

Las dos salen juntas por la puerta y bajan en silencio. Al despedirse, es ella la que se inclina para depositar un pequeño beso en sus labios.

—Te diré algo si puedo quedar —dice sonriendo y haciendo una mueca traviesa que le sale sin querer.

Rebeca asiente divertida y responde esa mueca con otro beso antes de darle una palmada en el trasero y marcharse.

Cuando Sara, por fin sola y decidida a enderezar un poco su vida, entra en el coche, escucha que le llega un mensaje.

“¿Te acuerdas de mí, enana?”

Por desgracia sí, piensa agobiada al leer el aviso de su hermano.

Contesta y deja el móvil en la guantera. No piensa sacarlo de allí en toda la mañana para evitar que su buen humor se vuelva a desvanecer. Sube la música al máximo y se va directamente a buscar a Vanesa y Marta. Las chicas ya la esperan en la puerta de su casa.

—¡Buenos días, preciosas! —saluda jovial.

—Buenos días —contestan al unísono con una sonrisa.

Vanesa la mira de reojo cuando se sienta y siente un gran alivio al ver que está animada.

—¿Qué tal el tobillo? ¿Te duele menos? —Se interesa Marta mientras se abrocha el cinturón de seguridad.

—Muy poco, es más como si me hubiera dado un golpe que una torcedura. Hoy os doy permiso para que os riais de cómo corro —bromea quitando hierro al asunto.

—Tu tranquila, que, si ayer ya me reí, hoy lo haré más —contesta Vanesa cambiando la música a su gusto.

El entrenamiento pasa sin nada especial a destacar. Vanesa, sin fiarse mucho de la palabra de su prima, se ha asegurado de hacer ejercicios suaves y a ella la ha utilizado de ayudante la mayoría del tiempo con la excusa de colocar conos y quitarlos de manera constante, por lo que Sara no está forzando el pie demasiado.

En cualquier caso, lo mejor es que hoy se siente bien, y tiene ganas de hacer el tonto, por lo que saca tiempo para correr cojeando cada vez que pasa por delante de Vanesa, solo con la intención de sacarla un poco de

quicio. Su prima al principio se preocupa pensando que realmente sigue lesionada, pero una vez descubre la trampa, se dedica a tirarle conos a la cabeza cada vez que pasa por delante haciendo el tonto. Al final todo el equipo hace un buen trabajo y se van a la ducha con la seguridad de que el domingo tienen posibilidades de ganar.

Sara llega al aeropuerto bastante justa de tiempo y se encuentra a su hermano esperándola a la salida. No le cuesta demasiado distinguirlo gracias a su metro noventa, que hace que sobresalga por encima del resto de personas. Lleva una pequeña maleta como equipaje y el cojín del avión alrededor del cuello. Sara intenta llamar su atención desde el coche, pero sin éxito. El capullo de su hermano está demasiado ocupado mirando a unas chicas que se han fijado en él. Marcos es muy guapo y lo sabe aprovechar. No es solo la altura, su pelo negro siempre despeinado y sus ojos grises, levantan pasiones por allí por donde pasa.

Su hermana saca una mano del coche y la mueve mientras chilla su nombre sin ningún resultado. Marcos sigue con la vista fija en las dos chicas que estaban coloradas y riendo entre ellas. Viendo el nulo resultado y negándose a salir del coche, toma la vía rápida. Aprieta la bocina de manera repetida haciendo que suene escandalosamente durante un tiempo que parece eterno. No piensa parar hasta que él se gire. La gente empieza a darse la vuelta para ver quien está haciendo tanto ruido, pero ella, sin la más mínima vergüenza, sigue con la mano en el volante mientras mira a su hermano, que esta vez se ha dado cuenta de su presencia y se dirige con prisas hacia el coche.

—Pero ¿qué haces? —Las dos chicas que antes flirteaban con él, ahora se están riendo a carcajadas de la escena.

—Es que estabas demasiado entretenido intentando llamar la atención de esas chicas, así que he pensado que podría echarte una mano —dice con una sonrisa traviesa.

La parte buena de tener a su hermano allí, es poder torturarlo.

—Qué simpática —comenta Marcos mientras entra en el coche—, pero me las estaba arreglando bien yo solito.

—Normal, vistiendo en manga corta a diecisiete grados, cualquiera llama la atención —la verdad es que Marcos debe haber estado yendo al gimnasio este último año, pues los músculos se le marcan más que de

costumbre—. ¿Has comido o vamos a comer? —Pregunta después de que los dos se fundan en un abrazo.

—Nada desde el desayuno. Quiero una pizza. ¿Tienes entrenamiento esta tarde?

—No, lo he tenido esta mañana —Sara sigue conduciendo unos minutos en silencio—. ¿Le decimos a papá y mamá si vienen a comer? ¿O pasarás a saludarlos después?

—Pues la verdad es que es un tema delicado —Sara lo mira levantando una ceja esperando a ver qué sorpresa tiene para ella—. No les he dicho que venía.

Su hermana tiene que esforzarse para no frenar el coche en mitad de la calle. Marcos siempre ha sido de hacer las cosas a su manera y sin dar explicaciones, pero eso a ella la saca de quicio.

—¡Por Dios, Marcos! ¿En serio no has sido capaz de coger el teléfono y decir que venías?

—Es que entonces la situación se hubiera empezado a poner tensa desde mucho antes y no me apetecía nada llamarlos —Sara suspira, sabe que su hermano tiene razón—. Además, la última vez que vine, papá me dijo que mejor si no me volvía a ver en mucho tiempo. Por una vez, intento hacerle caso —dice encogiéndose de hombros.

—Entiendo y sé que es complicado, pero les tienes que decir algo —Marcos se hunde un poco en su asiento—, primero vamos a ir a comer y después pasaremos por casa a saludarlos.

Sara siente una bola de ansiedad en la boca del estómago solo de pensarlo, pero sabe que deben hacerlo, si no las consecuencias pueden ser mucho peor.

—Empiezas a hablar como mamá —como toda respuesta, su hermana alarga la mano y le da un puñetazo con todas sus fuerzas en el brazo.

Sabe que la visita con sus padres no será fácil, pero tener a su hermano otra vez a su lado, hace que una cierta alegría la invada. Le echaba más de menos de lo que pensaba.

Van a la pizzería que solían ir de críos y en la que ambos son capaces de pedir sin mirar la carta. Llevan comiendo lo mismo desde que tenían diez y ocho años y en el restaurante ya los conocen. Después de la conversación del coche, la situación se ha relajado y la comida transcurre de forma amena mientras charlan sobre su vida. Sara le explica cómo le va en el equipo, como es el piso nuevo que ha alquilado y que a su prima le va muy bien con

Marta. Por su parte, Marcos ha estado trabajando sin parar en la compañía de teatro, haciendo dos obras diferentes que han llevado a varias ciudades de Europa a la vez que trabajaba algunas tardes de camarero para ganar un extra de dinero. Sara se tranquiliza un poco al ver que es feliz y no le falta de nada, sabe que, aunque estuviera en aprietos, no llamaría a sus padres por ayuda y eso la pone nerviosa.

—Bueno, ¿y tú qué? —pregunta Marcos con media sonrisa que pone a Sara en alerta.

—¿Yo qué?

—Has hablado de la novia de Vane, pero ¿y tú? ¿No tienes a nadie por ahí?

De nuevo, la imagen de Claudia le atraviesa el pensamiento como una flecha dejándola clavada en la silla. Sara siente una inquietud extraña y frunce el ceño preocupada por la cantidad de veces que ha pensado en esa chica a la que apenas conoce y solo ha visto en una ocasión.

—¿Qué? —insiste Marcos.

—Nada, yo no tengo a nadie. Me va muy bien sola —responde seca y bastante borde.

Su hermano arquea las cejas y sonríe divertido.

—Así que eres una ligona.

—Yo no he dicho eso, solo que no estoy con nadie en estos momentos.

—Haces bien, las mujeres solo traen problemas.

—Yo no he dicho que quiera estar con una mujer.

Sara está comenzando a agobiarse con la conversación.

—¿Ah, no? —su hermano se sorprende, ella se sorprende todavía más por su comentario, sobre todo porque la única relación que ha tenido aunque haga mil años, fue con un chico.

—No, soy bisexual, ¿recuerdas?

—Vale, no te pongas así, hermanita —Marcos se ríe divertido por la expresión agobiada de su hermana.

Siempre le resultó muy fácil hacerla rabiar, y parece que las cosas no han cambiado.

—Por cierto —dice cambiando el tema—, esta noche salimos.

Sara se da cuenta por su tono de que eso es más una afirmación que una pregunta.

—Una de las razones por las que también he venido es porque una de mis amigas cumple años, Claudia. ¿Te acuerdas de ella?

Sara tuerce el gesto. Ese nombre le trae recuerdos lejanos y tiene que esforzarse bastante para volver a la época universitaria de su hermano, donde hizo una buena pandilla a la que Sara conocía de vista.

—¿Te acuerdas o no?

Su corazón comienza a acelerarse y siente un escalofrío recorrerle la columna, no puede ser. Por un momento se le pasa por la cabeza de que la amiga de su hermano y la fisioterapeuta sean la misma persona, pero lo descarta rápidamente. De la universitaria apenas recuerda su simpatía desbordante, pero es incapaz de ponerle rostro, en cambio, la mujer que la ha enseñado a hacer vendajes compresivos, no le pareció simpática, ¿o sí?

—Muy poco —dice turbada.

—Bueno, eso da igual, ya la verás esta noche.

—No es amiga mía, Marcos, no veo que pinto yo ahí.

—Eres mi hermana y conoces a muchos de mis amigos, no veo por qué no puedes venir, además, hace mucho que tú y yo no salimos de fiesta por ahí. Lo pasaremos genial. Salimos de bares y después ha comprado entradas para un local del centro.

—No creo que vaya. Estoy cansada y no tengo ganas de salir.

—Claro que vas a salir. No acepto un no como respuesta —Marcos cambia su expresión a la que usaba cuando eran pequeños y quería un turno extra a la consola—. Venga, estaré aquí por poco tiempo, no me puedes decir que no.

—Bueno, me lo pensaré —claudica su hermana. Marcos sonríe sabiendo que se ha salido con la suya. Siempre lo hace.

El resto de la comida acontece sin nada demasiado interesante. Marcos intenta alargar la conversación todo lo que puede para retrasar la visita a sus padres, pero llega un punto en el que ya no quedan temas para sacar. De repente se queda muy callado, paga y se dirige hacia el coche de su hermana. Sara se siente mal por él, quiere ayudarle, decirle que solo va a ver a las personas que lo criaron y que lo siguen queriendo, pero sabe que no es tan fácil como eso. Decide quedarse callada gran parte del camino.

Capítulo 7

La casa de sus padres se encuentra en una pequeña urbanización a las afueras de Valencia. Es una casa de dos pisos con patio y garaje, todo lo que se podía pedir para formar una familia. Sus sentimientos hacia esa casa son encontrados, recuerda una infancia muy feliz allí, pero a la vez lo infeliz que fue los últimos años antes de independizarse. Siempre la deja hecha un lío ir a ver a sus padres.

Antes de llamar, su hermano se esfuerza en poner una sonrisa en la cara. Unos segundos después de que suene el timbre, la puerta se abre de un revuelo, y una figura regordeta de pelo rizado se lanza a los brazos de Marcos chillando. El chico devuelve el efusivo abrazo a su madre, llevaba tiempo esperándolo. Con todo el ruido, su padre aparece también en la puerta, intentando saber qué ha hecho que su mujer grite así. A diferencia de ella, este tiene la misma expresión seria de siempre y mira a su hijo con dureza. Sara traga saliva con dificultad, a lo mejor no debería haber insistido en venir a hacer una visita.

—Marcos. No sabía que venías —dice su madre medio sollozando y soltando por fin el cuello de su hijo.

—No se lo había dicho a nadie —dice depositando un beso en su mejilla. Después se gira hacia su padre y se tensa un poco. Le alarga la mano para que la estreche—. Hola, papá.

Sara puede ver cómo su padre se debate interiormente sobre lo que debe hacer. Siempre ha sido un hombre orgulloso y con unos principios muy rígidos, y está segura de que se acuerda de la última conversación que tuvo con Marcos. De todas formas, parece que el ver a su hijo después de tanto tiempo, lo ablanda un poco, ya que esboza una media sonrisa y acepta la mano de su hijo.

—Hola, hijo. Te echábamos de menos —dice tirando de él para darle un abrazo mecánico e incómodo, pero abrazo, al fin y al cabo.

—Pasad, voy a preparar café para todos —dice su madre todavía emocionada.

Pasan a la sala de estar y se sientan en el sofá. Nadie sabe muy bien qué decir, así que se quedan unos minutos en un silencio incómodo. Sara va a casa de sus padres a comer varios días por semana, pero en este momento se ha quedado en blanco. Por suerte para todos, su madre viene al rescate.

—Sara, cariño, te guardé el tupper que te dejaste el otro día. Te lo dejo en una bolsa en la entrada.

—Gracias, mamá.

—Bueno, de hecho, te meto un poco más de comida para Marcos. Puedo ponerlos caldo del que he hecho hoy, ha sobrado mucho —dice hablando más rápido de lo normal—. Porque se queda en tu piso, ¿no? ¿O te quieres quedar aquí? Te puedo preparar tu habitación en un minuto, es solo poner sábanas limpias —a su madre empieza a faltarle el aire y da la sensación de que el tono de la piel se le está poniendo azul pitufo.

—Mamá, tranquila —dice Marcos sonriéndole tiernamente—. Me quedaré con Sara, ya está decidido.

Su madre por fin se tranquiliza y trae unas tazas de café de la cocina. Todos toman unos primeros sorbos en silencio. Sara se arrepiente de haber hecho venir a su hermano.

—¿Has venido a hacer algo especial, cariño? —Es su madre la que de nuevo rompe el silencio.

—No, solo he pensado que os podía hacer una visita —su madre parece feliz con esa noticia, pero su padre sigue un poco más reacio a aceptar la vuelta de su hijo así por las buenas—. Tenía ahora dos semanas sin ensayos entre una obra y otra, y pensé en aprovechar para venir y despejarme.

—Así que sigues con lo del teatro —su padre por fin abre la boca.

—Sí, y nos está yendo muy bien, somos de las mejores compañías de Berlín, lo que significa que tenemos mucho trabajo —explica emocionado.

—¿Mucho trabajo? Supongo que con lo que te pagan solo te da para vivir en una ratonera. He visto cómo están los precios por allí, tendrías que ganar mucho para vivir bien —se puede ver, que, aunque se lo esperaba, eso le cae como un cubo de agua fría a Marcos.

—¡Jose! Deja al niño explicar las cosas —le reprime su mujer.

—Pues la verdad es que me da para pagar bastante más que eso. Tengo un piso muy bonito en el centro de Berlín —dice con dureza, ofendido, mirando fijamente a su progenitor.

—Explicanos cosas de por allí, quiero saber qué estás haciendo —su madre intenta relajar la situación, Sara no sabe qué decir y cada vez está

más incómoda sentada en el sofá.

—Pues ahora hemos terminado Romeo y Julieta de Shakespeare en la que yo hacía de Romeo. Cuando vuelva empezaremos una original que hemos escrito un amigo y yo. Es la primera obra que escribimos, así que estoy muy nervioso.

—¡Qué buena noticia! —Su madre parece realmente feliz por él.

—Miles de euros invertidos en tu educación como para que te ganes la vida haciendo papeluchos en un teatro —su padre está empezando a alzar la voz.

—¡Nunca pedí que me pagarais una educación! Os dije que la universidad no era lo mío, pero nadie me escuchó.

—¡Porque pensaba que acabarías entrando en razón en algún momento!

—¡Ya basta! —Ahora es Sara la que ha alzado la voz—. Hemos venido a saludar y a pasar un buen rato en familia, no a que iniciéis otra discusión —eso parece tranquilizarlos a todos a excepción de su padre que, enfadado, se levanta y se va hacia el jardín.

—Le tenéis que perdonar. Ha pasado mala noche con la artritis y está de mal humor —lo excusa su mujer—. ¿Por qué no venís el domingo a comer? Él estará más tranquilo y podremos hablar de forma más relajada.

Ambos aceptan esa comida mientras se levantan para irse. Su madre hace cara de estar al punto del llanto debido al comportamiento de su marido. Los dos se despiden con un abrazo efusivo antes de dirigirse hacia el coche.

Vuelven a casa con una sensación agri dulce. No ha ido tan mal como era de esperar, pero sí que había cosas que hubiera sido mejor que no se dijeran.

—¿Estás bien? —Pregunta Sara cuando aparcan debajo de su piso.

—Sí —contesta Marcos mientras intenta sonreír—. Estaré mejor después de echarme una siesta. Llevo esperándola desde que me he comido mi peso en pizza.

Salen del coche y Marcos se estira todo lo grande que es para relajarse. Sara avanza hasta el piso en el cual compartirá unos días con su hermano.

—Qué bonito —dice Marcos mientras avanza hacia el comedor—. Se nota que está decorado por ti. Tan mal gusto como siempre —dice mirando la pared azul.

En otro momento Sara se reiría, pero no tiene ganas de contestar. Simplemente sigue avanzando hacia la habitación de invitados.

—Esta es tu habitación —le dice mientras abre la puerta. Dentro hay una sencilla estancia pintada de blanco, con una cama doble recién hecha, un armario empotrado y una silla—. El armario está lleno de ropa vieja, pero si quieres colgar algo, tienes un perchero detrás de la puerta.

Sara vuelve a mirar las paredes blancas de la habitación y lamenta que su hermano esté en su casa, el mal rato pasado en casa de sus padres la tiene muy nerviosa y si estuviera sola, este sería un buen momento para coger la brocha y unos botes de pintura y descargar su frustración a brochazos.

—Te dejo para que te instales y descanses —dice Sara saliendo de la habitación.

—Gracias. Haz tú lo mismo. Esta noche nos espera una buena fiesta.

Marcos deja la maleta a un lado y deja caer su metro noventa sobre la cama con una sonrisa.

—Me alegro de verte, hermanita, gracias por dejar que me quede —dice amable.

—No hagas que me arrepienta —contesta ella sonriendo, después cierra la puerta y se va a su habitación.

Capítulo 8

A las siete y treinta y cinco, Sara sigue delante de su espejo intentando cuadrar el maquillaje con la ropa escogida. Ha empezado a prepararse con tiempo, pero ha tenido que hacer tres cambios de vestuario imprevistos. Las primeras veces las cosas no le quedaban igual de bien en la realidad que como las había imaginado en su mente. Marcos está empezando a andar de punta a punta del pasillo, estresado, al pobre se le había olvidado lo presumida que es su hermana. Sara intenta ignorarlo porque las prisas solo harán que el maquillaje le quede peor y tarde más tiempo. Diez minutos después, termina de arreglarse completamente, solo queda un pequeño detalle.

—¿Las plataformas o las botas de tacón? —Pregunta a su hermano enseñándole una opción en cada pie.

—¿Pero tú crees que a mí me importa eso? Son menos cuarto, Sara, vamos a llegar tarde —su hermano se toma la puntualidad muy en serio, y Sara lo está desesperando.

—No voy a salir hasta decidir cuál me queda mejor, así que tú sabrás a qué hora quieres llegar —su hermana no va a dar su brazo a torcer.

—Las plataformas, me gustan más.

—Perfecto —dice mientras va a cambiarse el zapato descartado.

Sara aplaude la decisión de su hermano con alivio, no es el calzado más adecuado para su tobillo, pero sin duda es mucho mejor que los zapatos de tacón, al menos la bota se lo dejará sujeto. Satisfecha con el resultado que le devuelve el espejo, coge su bolso y sus llaves, se echa un último vistazo y decide que está lista—. Ya nos podemos ir.

—Por fin —gruñe Marcos esperándola ya en el ascensor.

—¿Vamos en bus o taxi? —Pregunta rebuscando su tarjeta de transporte en el bolso.

—Andando —responde su hermano, ella lo mira con incredulidad—. Está solo a veinte minutos.

—Eso se avisa antes, Marcos. Yo no puedo andar veinte minutos con estas botas —dice con cara de susto.

—Claro que puedes —responde empezando a andar con las manos metidas en los bolsillos—. Venga, que ya vamos muy tarde.

—¡Marcos! ¡Que no voy a llegar! —Su hermano la ignora por completo a pesar de sus gritos.

Sara sabe que no la va a esperar, así que solo le queda tragarse el orgullo y seguirle. Definitivamente, su hermano la pone de los nervios.

Andan más de los veinte minutos que había dicho Marcos en un principio, pero él parece estar de un sorprendente buen humor. Va hablando y contando cosas de las personas que van a ver. Son amigos que hace tiempo que no ve y está impaciente por encontrarse con ellos. Sara lo entiende, pero no es capaz de compartir su misma alegría, ya que sus pies llevan ardiendo desde el principio de la caminata. Andar con plataformas no le resulta nada cómodo, por no hablar de que su tobillo comienza a resentirse un poco, por suerte, al menos ha sido previsor y se ha hecho un vendaje compresivo.

Siendo viernes, las calles del centro empiezan a estar llenas de gente que sale a cenar, universitarios que van a beber y adolescentes que se juntan en grupos en los bancos o parques. Sara ve que pasan por delante de los bares donde de normal suele salir ella, pero no se detienen en ninguno.

—¿Dónde vamos? —Pregunta cuándo ve que dejan atrás las calles principales y se meten en callejones donde el volumen de gente es mucho menor.

—A un bar barato al que solíamos ir cuando todavía estaba viviendo por aquí.

—Creo que nunca he venido por esta zona —dice la futbolista mirando a un lado y a otro con cara de susto.

—Eso es porque a ti te gustan los cócteles y los sitios pijos —Sara tiene intención de protestar, pero es verdad, así que se mantiene callada.

Con poco más de veinte años, dejó atrás los antros de cerveza barata y ahora prefiere los sitios con mesas bonitas y cócteles bien elaborados donde te tienes que arreglar para salir. Por lo que ve, su hermano, a pesar de estar casi en la cuarentena, no ha pasado por ese cambio de mentalidad.

Siguen pasando por callejón tras callejón mal iluminados y llenos de bares pequeños con gente arremolinada en la entrada bebiendo cerveza y fumando. Algunos tienen música lo suficientemente alta para que se oiga

desde la calle, mientras que otros son más tirando a pubs o bares. Sara solo tiene dos cosas claras, en su vida había salido por allí y va demasiado bien arreglada para el sitio. Sus pitillos, el top rosa de seda y las plataformas, destacan por encima de la gente vestida con sudaderas y vaqueros rotos. Incluso ve horrorizada que algunos van en chándal. Nunca le ha gustado destacar de esa manera y se odia por no haber preguntado antes de vestirse dónde iban.

Finalmente, giran por una esquina y se encuentran con un callejón bastante estrecho iluminado por una sola farola. A mitad del callejón, un grupo de más de diez personas con botellines de cerveza en la mano hablan en círculo delante de una pequeña puerta de la que se escapa una luz roja. Tiene la impresión de que es allí donde van, cosa que se confirma cuando algunas personas del grupo se dan cuenta de su presencia.

—¡Marcos! —Grita uno de los chicos del grupo avanzando a grandes zancadas hacia ellos—. ¡Cuánto tiempo sin verte, tío!

Marcos recibe a su amigo con un abrazo efusivo, cuando más personas del grupo se van acercando a saludarle con una sonrisa en la cara. Es un grupo de amigos muy peculiar, pero cuando se fija en cada uno de ellos, se sorprende de ver varias caras conocidas que ya había olvidado por completo. El chico que se ha acercado primero ahora se gira para saludarla a ella. La mira unos segundos antes de reconocerla.

—Sara. No te había reconocido —dice sonriendo por debajo de una espesa y negra barba—. Me alegro de verte —le da un abrazo que ella corresponde contenta de al menos saber que hay alguien a quien puede considerar amigo.

—Y yo a ti, Miguel.

Miguel ya no es el chico de dieciséis años escuálido que recordaba. Ahora su pelo rizado, igual de negro que la barba, le llega a la altura de los hombros. También ha aumentado unos kilos, pero su cara redonda y gafas de pasta siguen igual que hace años. Sara se da cuenta de que es de los que va vestido en chándal y sudadera, con unas botas militares negras. Ha cambiado poco de estilo desde la adolescencia. De todas formas, sigue siendo el chico cariñoso y simpático de siempre.

Algunas personas más se acercan a saludar, vistiendo un estilo similar al de Miguel. Ella reparte besos a todos los que conoce y se presenta a los que no. En algún momento alguien le pone un botellín de cerveza en la mano y cuando se quiere dar cuenta, ya está traspasando la puerta del bar. Es una

entrada estrecha que da a una escalera, la cual baja por debajo del nivel del suelo, dando a un pub bullicioso y oscuro donde un grupo de música está tocando en una tarima en el fondo. Nota como los pies se le pegan al suelo y el olor a tabaco y alcohol le inunda las fosas nasales. El local, de una sola estancia, no es muy grande y está a rebosar de gente. La música está extremadamente alta y rebota contra las paredes haciendo que hablar por encima de ella sea complicado. Se siente un poco cohibida tan fuera de su ambiente.

—¿Dónde está Claudia? —Escucha que su hermano pregunta a alguien.

—En el fondo —contesta chillando un chico de pelo castaño que se encuentra a sus espaldas.

Marcos la coge del brazo y la arrastra abriéndose paso entre la gente, acercándose cada vez más al grupo de música. En primera fila, hay un grupo de cinco chicas bailando en círculo, se nota que conocen las canciones del grupo. Cuando se fija, reconoce a Claudia de inmediato, pero no como la amiga de su hermano, sino como la fisioterapeuta a la que acudió hace unos días. Sara se queda boquiabierta con el corazón acelerado y el botellín en la mano, incrédula.

Claudia no se parece en nada a esa profesional entre seria y misteriosa de la otra tarde, ahora sonríe sin parar y está bailando energéticamente de una forma que la cautiva de inmediato. Su pelo castaño liso, que le debe llegar por la cintura, se mueve libremente con cada movimiento que hace y le cae por encima de unos hombros puntiagudos en los que se marcan los huesos. Lleva una camiseta apretada y transparente que deja ver el top de encaje que lleva debajo. Eso, combinado con unos pantalones anchos negros que se le aguantan a nivel de la cintura. Por la expresión de su rostro, se ve que ya va bastante contenta, pero desprende una alegría y felicidad que atraen a Sara de una forma curiosa. Sus movimientos se sincronizan a la perfección con el ritmo de la música de forma casi natural, lo que hace que, aunque se esté divirtiendo con sus amigas y no se fije en lo que hace, atraiga las miradas de varias personas. Cuando se gira hacia ellos y ve a su amigo, la cara se le ilumina y se lanza a los brazos de Marcos. Sara ve cómo empiezan a hablar, uno a la oreja del otro, ya que es la única forma de oírse por encima de la música. Mientras tanto, ella se queda parada sin saber qué hacer, no conoce a nadie y la música no es su estilo, siente que ha aterrizado en un mundo paralelo.

—¿Te acuerdas de mi hermana? —escucha que dice su hermano mientras tira de su brazo para acercarla.

Ella sonríe a Claudia, turbada y sin saber cómo debe comportarse. ¿Finge que la recuerda de los años universitarios de su hermano o es sincera y confiesa que la vio el otro día y no fue capaz de reconocerla? Sara no tiene tiempo de decidirlo, porque Claudia la mira y esboza la sonrisa más auténtica que ha visto en mucho tiempo, y eso la deja sin habla.

—¿Te acuerdas o no? —insiste Marcos.

Claudia le dedica una mueca traviesa y Sara, ruborizada, comprende que la chica está dispuesta a dejar que decida contestar lo que quiera.

—Claro, sí —responde turbada ante la risa socarrona de Claudia—. ¿Cómo estás?

Titubeando, Sara se acerca a abrazarla y le deposita un beso en la mejilla. Claudia, divertida por la reacción de Sara, se lo devuelve demorándose sobre su mejilla más tiempo del habitual.

—Muy bien —responde Claudia mirándola de arriba abajo de manera descarada.

Sara nota que le cuesta respirar, no sabe si es por el agobio que le produce que haya tanta gente o porque la presencia de Claudia la pone muy nerviosa.

—Dice mi hermano que es tu cumpleaños, felicidades —dice tratando de calmarse.

—Gracias. Venga, os invito a un chupito —grita mientras los coge a los dos de la mano y los lleva hacia la barra abriéndose paso a codazos.

Una vez en la barra, apoya todo su torso sobre ella para que el camarero pueda escucharla bien. Sara no puede apartar los ojos de esa mujer, se siente como si estuviera embrujada y a su lado no hubiera nadie más, a pesar de que Marcos está pegado a ella consultando algo en su teléfono. El camarero rápidamente coloca tres vasos de chupito encima de la barra y coge la botella de tequila.

—Yo no debería —dice Sara sabiendo que el tequila nunca ha sido su amigo—. Mañana entreno.

—Venga, es mi cumpleaños y te invito, no me puedes decir que no —insiste Claudia pasándole uno de los vasos mientras la mira fijamente a los ojos.

Se ha maquillado con una larga raya y sombra negra, lo que dan mucha más profundidad a sus ojos castaño claro. Los tiene tan expresivos que Sara

siente que se puede perder en ellos. Se queda sin palabras y lo único que hace es coger el chupito y tomárselo sin pensar después de brindar con ella y con su hermano. De repente la recuerda y comprende por qué le ha costado asociar tanto a la Claudia de ahora con la de antes. ¿En qué momento aquella joven insegura que venía por su casa se ha convertido en la mujer decidida que tiene delante?

Marcos gesticula que se va a fumar fuera y se gira en dirección a la puerta dejándolas a solas. Sara se queda un poco perdida sin saber muy bien qué hacer, pero Claudia la coge del codo y se le acerca a la oreja.

—No creo yo que esas botas sean el calzado más adecuado para tu pie —suelta con una caída de ojos que deja a Sara paralizada.

—Ya —titubea—, pero lo tengo mejor, y me he puesto el vendaje. Además, no me duele ni un poco, en serio, he hecho mucho reposo —miente como una bellaca.

Claudia se ríe.

—Espero que sea verdad, otro chupito y nos vamos a bailar.

Sara sabe que no debería, pero es incapaz de decirle que no. Se toman el segundo chupito y piden una copa cada una. Con sus bebidas pagadas, nota que la mano de Claudia coge con fuerza la suya mientras le sonrío.

—Vamos —dice sin que se la pueda oír, y empieza a tirar de ella hacia la multitud.

Vuelven al sitio del principio con el grupo de chicas de antes. Claudia la presenta, pero Sara es incapaz de retener ningún nombre porque solo se puede centrar en ella.

No sabe muy bien qué hacer y nota que destaca demasiado. La música no es su estilo, la ropa que lleva es lo opuesto a la que llevan las otras chicas y no tiene ni idea de cómo se baila ese tipo de música. Pero una de las chicas, la coge de la mano para que empiece a bailar con ella. Eso aumenta su seguridad, y si suma los chupitos que empiezan a hacerle efecto, el resultado es que se olvida completamente de la vergüenza. Empieza a bailar siguiendo el ritmo que marcan el grupo de amigas y las luces que van cambiando de color. La incluyen por completo en el grupo, y a pesar de no saberse ninguna canción, Sara baila como si no hubiera un mañana. Copia los movimientos de las chicas mientras se ríen y se despeinan. No sabe cuánto tiempo pasa hasta que ve que Miguel se les acerca.

—Hemos dicho de cambiar de bar e ir a uno que se pueda cenar —grita para que lo oigan todas.

Sara está desconcertada, sin duda, ese no es para nada el ambiente al que ella está acostumbrada. Para la jugadora, lo normal es cenar y después salir a tomar una copa, no bailar antes de las diez para más tarde cenar y volver a la fiesta.

Todas las miradas se dirigen a Claudia, como cumpleañera, ella es la que debe decidir. Asiente vigorosamente, y empieza la ruta hacia la salida de ese antro, que está cada vez más lleno. Fuera se ha reunido un grupo de unas quince personas, que supone que son las invitadas al cumpleaños como tal. Marcos está hablando con varios chicos que ella no conoce y no le presta atención, así que se gira para buscar alguien con quien relacionarse. Empiezan a andar dirección al bar donde se supone que van a cenar, todos hablando y chillando entre ellos. Sara no habla, pero la alegría del ambiente la contagia.

Capítulo 9

—Tú eres la hermana de Marcos, ¿verdad? —El chico que antes los ha acompañado hacia Claudia ahora se encuentra andando a su lado.

—La misma. Soy Sara. Encantada —dice alargando la mano de manera teatral para estrecharla. Consigue que el chico se ría.

—Rubén —responde dándole la mano—. Supongo que no conoces a casi nadie, ¿no?

—A algunos los recuerdo porque eran amigos de mi hermano, pero ya está. ¿Lo demás os conocéis entre todos?

—Sí, bastante. A Claudia le gusta unir grupos de amigos, así que todos nos hemos encontrado en algún momento. Yo la conocí hace mil años cuando trabajaba en el Mercadona mientras se sacaba la carrera, teníamos turnos juntos. A tu hermano, a Miguel y a esos dos, los conoció en la universidad. El resto son de las clases de teatro y de su trabajo actual.

—Pues sí que hay gente de sitios diferentes —dice riendo.

Le gusta que la gente forme grupos de amigos, siempre ha odiado cuando las personas prefieren que sus conocidos no se conozcan entre ellos.

Sigue hablando con Rubén todo el camino hacia el bar. Descubre que es informático y que trabaja en una empresa, pero no termina de entender muy bien qué hace. El chico es simpático y le hace compañía, aunque Sara nota que eso es porque le ha gustado. Decide ignorar ese hecho, de todas formas, el chico es guapo y a ella le gusta que le hagan caso. Sara le explica que es futbolista, lo que parece impresionarle de una forma que no le acaba de gustar. Como era de esperar, termina confesando que nunca se ha interesado por el fútbol femenino. Lejos de enfadarse, Sara le anima a mirar algún partido si le gusta el fútbol en general.

—Siempre puedes invitarme a verte jugar un día —le dice coqueto.

—Ya veremos si te lo ganas —dice evitando dar ninguna respuesta.

Por suerte para ella, en ese momento la gente empieza a entrar en un bar donde por lo visto han reservado una mesa. Cuando entran ellos dos, Claudia ya está en la cabeza de la mesa haciendo el tonto y dirigiendo a voz

de grito quien se sienta en cada sitio. No puede evitar quedarse empanada mirándola, esa chica atrae su mirada como un imán. Nota como si su personalidad alegre se expandiera por toda la estancia poniendo a todo el que la rodea de buen humor. Definitivamente esa chica le ha gustado.

—Espero que la jefa nos ponga juntos —Rubén vuelve a estar a su lado sonriéndole. Ella asiente sin saber qué más responder.

La gente se va sentando a medida que Claudia, divertida y sin parar de sonreír, va llamando sus nombres. La gente discute y chilla entre risas para que les sienta con quien quieren.

—¡Sara! —Se sobresalta cuando dice su nombre—. A ti te liberaré de la presencia de tu hermano, que todos sabemos que es difícil de aguantar —oye que Marcos se queja por detrás—, así que vente a sentarte con nosotras, coge la silla al lado de Clara.

La jugadora termina sentada entre las chicas con las que había bailado en el bar anterior, solo con Clara entre ella y Claudia. Todas la acogen como si se conocieran de hace tiempo, y la incluyen en la conversación desde el principio. Piden tapas para cenar y mientras comen le hacen preguntas para conocerla mejor. La conversación es agradable y amena, lo que hace que el tiempo pase rápidamente. Van pidiendo cada vez más comida y más bebida, hasta que todos quedan demasiado llenos y algo contentos.

Marcos, sentado a la otra punta de la mesa, capta su atención en un momento de la cena y con cara de interrogación le enseña un pulgar hacia arriba. Le está preguntando si se lo está pasando bien. Su hermano será muchas cosas, pero siempre se ha preocupado por ella. Ella responde con una sonrisa y un pulgar hacia arriba. La verdad es que se lo está pasando mejor de lo que esperaba.

Una vez tomados los postres y pagada la cuenta, en la que no se deja a Claudia aportar nada a pesar de sus repetidas quejas, se decide que irán a otro bar en el que empieza a tocar un DJ que les gusta a partir de las doce. Sara es incapaz de captar el nombre del sitio, pero tampoco le importa, se deja llevar a donde sea siempre que Claudia esté presente.

Terminan en un local más grande y moderno que el primero, del que ella tampoco había oído hablar en la vida y en el que la bebida es extrañamente barata. El DJ pone temas de los que todo el mundo conoce, por lo que ella esta vez también puede cantar a pleno pulmón. Baila sin parar, pide algunas copas y la noche se le pasa rápidamente. No salía así desde hacía unos años

y se le cruza por la mente que mañana tendrá una resaca espantosa, pero decide que eso será un problema de la Sara del futuro.

La gente va entrando y saliendo del local para fumar, yendo a la barra a pedir o al baño, por lo que, en un momento de la noche, Sara se da cuenta de que se ha quedado sola. Mira a su alrededor en busca de una cara conocida y es Claudia la que viene a su rescate.

—Tranquila, que yo no te abandono —le dice en el oído en un tono seductor que la hace estremecer.

Empieza a sonar una canción de reguetón y la cumpleañera la coge de las manos, se pega contra ella y empiezan a bailar sin pensar en lo que hacen. Claudia se mueve muy bien, y Sara se esfuerza en seguir sus movimientos. Durante toda la canción, Sara está en la gloria, pero cuando termina y vuelven las personas del grupo, ella y Claudia vuelven a quedar separadas, aunque se van mirando cada poco tiempo.

La noche continúa bien hasta que una chica nueva aparece en el grupo. Sara no sabe quién es, pero por la expresión de la gente no es una desconocida. Empieza a hablar con Claudia, aunque esta parece un poco molesta, y unos minutos después, salen las dos del local.

—¿Quién es? —Pregunta a Rubén, que, para variar, vuelve a estar a su lado.

—Su exnovia. Probablemente no volverán. Siempre empiezan la noche ignorándose, pero Claudia sigue cayendo cada vez. Pasará lo de siempre, salen para hablar y ya no vuelven, terminarán yéndose a casa de alguna de las dos.

Sara nota como un jarro de agua fría le cae encima, no necesita que nadie le explique lo que harán en cuanto lleguen a alguna de sus viviendas. Eso le pasa por hacerse ilusiones con la gente.

Después de esa noticia tiene ganas de irse a casa, la bola de ansiedad vuelve a subirle por el pecho y solo quiere evaporarse. Va dando tumbos hacia fuera buscando a su hermano, y sale justo a tiempo para ver a Claudia y la chica desconocida desaparecer por la esquina.

—Eso te pasa por ilusa —se dice a sí misma, enfadada y con una sensación de soledad y decepción desconocida.

—¿Estás bien? —Miguel, a su lado, le llama la atención. Algunos chicos de su grupo están fumando fuera.

—Me quiero ir a casa. ¿Dónde está Marcos?

—Acaba de irse a saludar a unos amigos que estaban en otro bar. Ha dicho que volvía en media hora.

—No voy a esperar tanto. Yo me voy a casa. Él tiene las llaves de repuesto que le di —dice mientras empieza a andar calle abajo.

—Espera, Sara, no creo que sea buena idea que te vayas sola —Miguel intenta cogerla del brazo para que deje de alejarse.

—No pasa nada, yo la acompaño. Tengo la moto aquí al lado y no he bebido —es Rubén, que acaba de salir del bar buscándola—. ¿Te parece bien?

Sara asiente, cualquier cosa antes que andar de vuelta con las plataformas, mañana tiene entrenamiento y el domingo partido, debe cuidar su tobillo. Rubén le enseña la dirección en la que queda la moto y ambos empiezan a andar hacia allí. Ella sabe que va muy callada, pero no tiene ganas de hablar ni se le ocurre nada qué decir.

—¿Estás bien? —Pregunta el chico preocupado—. Estás muy callada.

—Sí, solo estoy cansada.

Rubén parece captar la indirecta, ya que la deja en paz el resto de trayecto. El viaje en moto es tranquilo, su conductor conduce despacio y sin movimientos bruscos, cosa que agradece. Pasan calle tras calle, notando como el aire le pega en la cara, despejándola. El mareo que sentía hace unos minutos empieza a pasar y decide cerrar los ojos con la cabeza apoyada en la espalda del chico y dejarse llevar por la sensación. El viaje a casa se le hace corto, en lo que parecen minutos están aparcando delante de su portal. Rubén para la moto y se baja para acompañarla hacia la puerta. Ella, a pesar de ir algo tocada, sabe lo que pasará a continuación. Siempre es la misma historia.

—Creo que es mejor que te acompañe arriba. Vas un poco bebida —propone Rubén muy galán.

—No, no hace falta, pero gracias por todo.

—¿Estás segura de que no quieres que suba?

—Sí, solo tengo ganas de irme a dormir —el chico parece decepcionado, pero hace un esfuerzo para disimularlo, igual que ella para no mostrar la irritación que le produce su comportamiento.

—Pues podemos quedar otro día —Sara asiente con una sonrisa forzada, solo quiere quitárselo de encima cuanto antes—, pero necesitaré tener tu número.

Sara titubea un poco ante eso, no quiere nada con Rubén, sin embargo, no sabe cómo decírselo en ese momento y tampoco quiere contrariarlo porque están solos en la calle.

—Vamos —insiste meloso—, te acabo de acompañar a casa, es lo menos que puedes hacer.

No sabe cómo salir de esa encrucijada. Algo le dice que el chico no se irá por las buenas sin su número. Va a seguir insistiendo y ella solo tiene ganas de meterse en su cama a dormir. Intenta decir que no, pero su negativa choca con las súplicas de la otra parte.

—Por favor —dice Rubén con una expresión conmovedora en el rostro.

Al final, Sara se decide por la vía fácil, le coge el móvil de la mano y le marca su número. La expresión de su interlocutor cambia a la felicidad y con una sonrisa se despide de ella.

—Buenas noches, Sara —le grita mientras se aleja hacia la moto.

Sara, agotada y con una sensación de absoluta incomodidad por haber tenido que hacer algo que no quería, sube a su piso y solo consigue beberse un vaso de agua antes de desvestirse y caer rendida encima de la cama.

Capítulo 10

El sábado Sara amanece con un dolor de cabeza insoportable, nota como si tuviera algo mordiéndole el cerebro sin piedad. Intenta abrir los ojos, pero la luz hace que le escuezan y la habitación todavía da vueltas a su alrededor. “*Esto no es bueno*” Se dice a sí misma. Nota la boca seca y pastosa. Sabe que tiene una botella de agua en la mesilla de noche, pero si se da la vuelta tiene la sensación de que va a vomitar.

Se queda mirando el techo unos minutos pensando en cómo va a afrontar el día. Tiene entrenamiento a las cinco de la tarde. ¿Serán ya las cinco? No tiene ni idea de qué hora puede ser. Tampoco sabe a qué hora regresó ayer por la noche, a partir de las doce lo recuerda todo borroso. Lo que sí recuerda es a Claudia. Y la recuerda muy bien, le gustó mucho, pero también recuerda que se fue con otra chica y su gesto se retuerce en una mueca de disgusto que no puede controlar. “*No siempre se gana*” piensa con pesar. Esa fue la razón por la que se fue a casa. Ahora que lo ve con perspectiva fue un poco dramática, la chica le había parecido atractiva, pero está claro que le ha dado demasiada importancia. Siempre le ocurre cuando se pasa bebiendo, las cosas malas le parecen cincuenta veces peores. También recuerda que Rubén la acompañó a casa.

—Joder, qué mierda de noche —bufa malhumorada.

Se decide a darse la vuelta y el mundo da vueltas todavía más rápido que antes, también las imágenes de su cerebro, que incluyen la sonrisa hipnótica de Claudia sin que pueda remediarlo. Nota como si el cerebro se le moviera con cada movimiento y las arcadas le suben por la garganta.

Está claro que ya no tiene edad para estas cosas. Alarga la mano hacia su teléfono y la botella de agua y los acerca a su cuerpo con el menor número de movimientos posibles. Se tranquiliza al ver que todavía no son ni las diez de la mañana, su cuerpo está demasiado acostumbrado a despertarse temprano para dejarla dormir más. Se levanta despacio, haciendo movimientos a cámara lenta para frenar las ganas de vomitar, y se

dirige a la cocina. Necesita un café bien cargado y puede que algo de comida.

En el comedor se encuentra a su hermano, sentado en calzoncillos en el sofá con una taza de café en la mano. Parece cansado, pero menos resacoso que ella. Cuando la oye, levanta la vista y se ríe al ver su cara.

—Qué guapa amaneces —no va a entrar en el juego, no quiere empezar a discutir con él en ese estado. Pasa por su lado y se dirige a la cocina a por ese café que tanto necesita—. ¿Está Rubén durmiendo en tu habitación?

Todos los músculos de Sara se tensan y la rabia le inunda el cuerpo haciendo que se gire en seco y la cabeza le dé vueltas.

—No, solo me acompañó. Ni siquiera subió —dice volviéndose para llenar su taza. Agradece que su hermano haya hecho café para los dos—. Gracias por el café.

Ambos se sientan con la mirada perdida en el frente unos minutos sorbiendo de sus respectivas tazas.

—Te acuerdas de que tenemos comida con papá y mamá, ¿no? —dice Marcos de repente.

Mierda. Se le había olvidado por completo esa parte. No le apetece lo más mínimo tener que estar presente en lo que sea que vaya a pasar en esa comida.

—No me acordaba ni lo más mínimo. Creo que debería ir a darme una ducha.

—Yo también.

Se quedan unos minutos más en silencio. Sara se inclina y de uno de los cajones de la mesa saca una caja de Ibuprofenos. Le tiende una pastilla a su hermano, el cual, lo acepta agradecido. Ambos se ponen con el móvil hasta que dan las once y media y deciden activarse a la vez.

—Voy yo primera a la ducha. ¿Te parece bien? —Le comenta a su hermano. El cual asiente volviéndose a sentar.

El café y el analgésico le han mejorado la resaca. Las náuseas han desaparecido y solo le queda el dolor de cabeza, que espera que la ducha ayude a aliviar. Se va hacia el baño y empieza a desvestirse pensando que hoy se hará una limpieza completa. Lo necesita. Se pasa quince minutos debajo de la ducha dejando que el agua se lleve la tensión y el cansancio que acumuló el día anterior. Se enjabona dos veces el pelo y dos veces el cuerpo. Se pone el acondicionador caro y se depila las piernas. Cuando sale de la ducha, casi no ve nada debido al vapor que lo inunda todo. Se pone

una toalla en el pelo y se seca con cuidado. Abre la ventana para que salga la humedad que se ha acumulado y empieza a untarse el cuerpo en crema hidratante. Entre todo eso, escucha que le llega un mensaje y mira para comprobar que se trata de un número desconocido.

“¿Qué tal llevas la resaca?”

No puede desbloquear el móvil con las manos pegajosas que lleva, pero sabe que es Rubén. No debería haberle dado su número ayer por la noche. El chico es guapo, pero ya tiene suficientes problemas en su vida como para añadir otro más, y a ella no le atrae en absoluto. Decide ignorar el mensaje por el momento y sale para decidir qué ponerse.

Pega un grito a su hermano de que ya se puede duchar y enciende el altavoz por el que empieza a sonar la música. La ducha ha eliminado gran parte de la resaca y decide que es el momento de abrir las cortinas para dejar entrar un poco de luz. Está rebuscando en su armario cuando oye que le llega otro mensaje. Va a revisar que no sea su madre atrasando la comida, cosa que le encantaría, pero ve que es del número desconocido.

“Me encantó conocerte ayer. ¿Quieres volver a quedar algún día de estos?”

“Qué pesado que es Rubén” Piensa en un primer momento, pero cuando lo revisa bien, ve que los mensajes son de dos números diferentes.

—Ostras —dice sorprendida.

Está segura de que uno será de Rubén, pero ¿y el otro? La curiosidad puede con ella y abre el WhatsApp. Como esperaba, el último mensaje es del chico, sin embargo, cuando mira el anterior se queda sin respiración. Tiene que abrir la foto de perfil para estar segura, pero no hay equivocación. La chica de la imagen es Claudia posando en mitad de un bar. Nota la alegría invadiéndola por dentro de manera inevitable. ¿Cómo habrá conseguido su número? A ella sí que le contesta rápidamente.

“Pues de las peores de los últimos años. Hacía tiempo que no salía así”.

Lo envía rápidamente para evitar replanteárselo demasiado, si no, no lo enviará nunca. Después de pensarlo unos segundos decide añadir algo más.

“¿Cómo has conseguido mi número?”.

Tira el móvil a la cama con nerviosismo. No debería ponerse así, ella siempre controla las situaciones y sus sentimientos y empieza a inquietarse ante ese conflicto que va entre lo que quiere y lo que siente, porque por alguna extraña razón, está emocionada y nerviosa, y eso no anuncia nada

bueno. Aun así, no puede evitar sonreír por la inesperada conversación y decide que no quiere dejar que sus propios pensamientos le amarguen el día.

Contenta con el giro de los acontecimientos, sube el volumen de la música y abre el armario para decidir qué ponerse. Empieza a rebuscar tirando sobre la cama las posibles opciones de vestuario. Se prueba primero una falda combinada con un top blanco, después un vestido veraniego con la chaqueta vaquera, seguido de unos vaqueros con una camiseta de tirantes. Ir arreglada es una cosa que siempre le ha gustado, pero le da vergüenza admitir la cantidad de tiempo que pasa para siempre salir perfecta.

La decisión final es el vestido que combina con una diadema sujetando su pelo castaño claro y unas sandalias con tacón plano que son muy cómodas y no harán daño a su tobillo. Justo cuando termina de darse el visto bueno en el espejo, ve que Claudia le ha contestado. El corazón se le acelera y coge el móvil tan deprisa, que sin querer abre la conversación antes de leerla y envía algunos emoticonos con sonrisas. Sofocada, lee deprisa lo que Claudia le dice por si ha sido inoportuna o su respuesta la deja como una auténtica imbécil, porque tiempo de borrarlo no tiene, Claudia ya lo ha leído.

“Pero si el número me lo diste tú. Me cogiste el móvil en un momento y apuntaste tu número para que te pudiera hablar”.

Sara nota como si alguien hubiera abierto las puertas del infierno y el calor le estuviera quemando la casa. No puede ser que ella haya hecho eso, y lo peor, que ni siquiera lo recuerde. Está claro que no está acostumbrada a beber tanto y que su cuerpo no tolera la bebida como hace unos años.

Nota la vergüenza recorriéndola por dentro hasta subirle la sangre a las mejillas, tiene ganas de lanzar el móvil por la ventana y meterse debajo de la cama. Solo quiere hacerse un ovillo y desaparecer. Se queda mirando la pantalla del móvil sin saber qué decir. El mensaje ya sale como leído, así que no puede escaquearse de contestar ahora. Empieza varias frases, pero las borra enseguida, todas le suenan ridículas. Resoplando, se lanza encima de la cama y se queda mirando el techo.

—¿Estás lista? —Marcos se ha parado en el marco de su puerta—. ¿Qué haces? —Pregunta cuándo la ve tumbada en su cama.

En un momento de debilidad, Sara le enseña el móvil a su hermano. Está completamente perdida y necesita ayuda. Le gusta mucho ligar y se le da bien, pero solo cuando ella controla la situación, y con Claudia desde luego

no lo tiene en absoluto. Cuando la pillan por sorpresa de este modo, se bloquea. Ve como su hermano escanea los tres mensajes que se han intercambiado y se pone a reír, lo que provoca que le lance una almohada a la cabeza.

—A ver, Claudia es una de mis mejores amigas y haríais muy buena pareja juntas, pero no sé si esta es la mejor situación para iniciar las cosas —dice mientras sigue riéndose de ella—. Además, ahora no está como para tener nada con nadie, sigue medio liada con su exnovia.

Sara siente el impacto de una lanza atravesarle el cuerpo, pero mantiene el semblante como si no le afectase.

—Yo tampoco quiero nada serio. El único problema es que no sé cómo es posible que no recuerde haberle dado mi número —dice para zanjar la conversación.

—Se llaman chupitos, tienden a alterar la memoria —concluye su hermano divertido.

—Déjame en paz. Bueno, no. ¿Qué hago? Ahora se pensará que le di mi número porque me gusta, y si tiene ese lío raro con la novia yo paso de verla.

—Mira, Claudia es una tía increíble, si te ha hablado es porque le caíste bien. Yo no sé cómo están las cosas con su ex, pero es ex por algo, supongo. Por quedar no pierdes nada.

—Paso, y no me estás sirviendo de ayuda —dice de mal humor.

Marcos se ríe.

—Bueno, haz lo que quieras, pero vámonos ya, que en veinte minutos tenemos que estar en casa de tus padres. Has tardado más de una hora en ducharte.

—También son tus padres —suelta con un bufido—. Dame cinco minutos más.

Su hermano sale de la habitación y ella aprovecha para volver a coger el móvil.

“Pues no me acuerdo. Está claro que los chupitos no me sientan bien. Supongo que me lo pasé muy bien anoche y quería mantener el contacto contigo”.

Lo envía y directamente mete el móvil en el bolso para no enterarse si le contesta. Nunca se ha sentido tan confusa como ahora. Tiene la sensación de que no sabe lo que quiere, o que lo sabe y no es capaz de aceptarlo. Los nervios le suben por la boca del estómago y se lo cierran de golpe, solo

espera que se le pase de camino a casa de sus padres. Necesita comer y calmarse, después en el entrenamiento seguro que se le pasan todos los males corriendo detrás de la pelota.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Sara y Marcos llegan a casa de sus padres justo a la hora exacta para evitar que haya reproches desde un principio. Les abre la puerta su madre con el delantal puesto, y les indica que pasen al comedor, que ya están los aperitivos servidos. Allí, su padre ya está sentado en la mesa, bebiendo una copa de vino y esperando a empezar a comer. A Sara se le hace raro ver a toda su familia reunida en la casa, hacía tiempo que no pasaba. De hecho, la última vez que realmente vivieron todos juntos fue cuando ella tenía veintidós años y todavía no tenía dinero para independizarse, Marcos tenía veinte y seguía estudiando. No recuerda esos años como buenos. Ella se salvó de los gritos y discusiones, ya que demostró ser buena en el fútbol, con varios equipos interesados en ella, además siempre obedeció las normas de sus padres sin quejarse. Marcos nunca fue así, si tenía que discutir para salirse con la suya lo hacía. Estaba segura de que ni hoy iba a dar su brazo a torcer, aunque eso significaba tener una discusión durante la comida.

Se sientan en sus respectivos sitios, los cuales se habían mantenido inamovibles desde que eran niños, y su padre le sirve una copa a cada uno.

—¿Qué tal el trabajo, papá? —Pregunta para romper el hielo.

—Muy bien —contesta orgulloso—. Viento en popa, de hecho. Hemos aumentado las ventas y tenemos nuevos inversores.

—Me alegro —ve que Marcos prefiere no abrir la boca cuando hablan de temas de trabajo, así que piensa en cómo cambiar de tema. Por suerte su madre aparece al rescate

—Marcos, cuéntanos un poco cómo es donde vives. Nunca he ido a Alemania.

—Pues vivo en el barrio antiguo del centro. Es precioso, todo son casitas bajas por mi zona, de dos o tres pisos. Yo tengo uno de esos apartamentos —dice mientras saca el móvil y lo desbloquea—. Mira, este es mi piso —añade pasándole el móvil a su madre.

—Es precioso —comenta Concha y pasa el móvil al marido.

—Tiene las ventanas muy pequeñas —dice su padre como única respuesta.

—Allí los edificios antiguos tienen ventanas pequeñas, es lo normal —su padre resopla, odia que le contesten.

El horno pita desde la cocina y su madre se levanta a por la comida, dejándolos otra vez a los tres solos. El silencio parece que se eterniza. Marcos no va a hablar porque sabe que su padre no tendrá ninguna palabra amable a decirle, ella por su parte está buscando frenéticamente un tema adecuado. No puede negar que empieza a estar un poco enfadada con su padre, pero no puede dejar que eso la afecte. Al final es el padre el que saca el tema.

—¿Qué tal el fútbol, niña?

Agradecida de tener algo que decir, empieza a contar cómo han ido los últimos entrenamientos y partidos. Explica las jugadas nuevas que ha aprendido y cómo las ha puesto en práctica. Sigue hablando cuando su madre vuelve con los canelones a la mesa y empieza a servirlos. Cuando se da cuenta, se ha puesto a hablar de cómo está Vanesa. Cuando se pone nerviosa habla sin parar.

—Mira qué bien. Se puede decir que tú y tu prima sí que tenéis un trabajo de verdad.

—¡Jose! —Su madre le manda a callar y seguidamente se pone a hablar de las vecinas de la calle que la han puesto nerviosa estos últimos días, están preparando una comida para todo el barrio con motivo de una fiesta popular y no consiguen ponerse de acuerdo. Intenta que el tema se distancie lo más posible de los quehaceres de su hijo.

A pesar de los intentos de todos, el ambiente es tenso y se nota. Todas las palabras que se dicen están muy bien medidas para evitar calentar demasiado la situación. Hablan de cosas sin importancia la primera parte de la comida, pero es su madre la que hace la pregunta crucial.

—¿Y a ti como te va el trabajo, hijo? Que todavía no has explicado nada.

Marcos empieza a hablar emocionado de su compañía, sus compañeros y de las cosas que hacen. Les cuenta cómo es el teatro y como están consiguiendo que más gente se interese en ir a ver sus obras. Cuando habla de ello se le iluminan los ojos, y Sara agradece que por fin su hermano haya encontrado algo que le apasiona en la vida.

—Muy bonito. Pero eso parece más un pasatiempo que un trabajo. ¿Te pagan por hacer eso? —Su padre no puede morderse más la lengua.

—¡Papá, calla! —ahora es Sara la que no se ha podido aguantar.

Que su hija le conteste de esa manera parece hacer estallar la poca paciencia que había conseguido reunir para esta comida

—¡No me voy a callar! Un trabajo de verdad es ese para el que te levantas temprano y vas a hacer algo útil para la sociedad, no imitar a un animal o leer poesía todo el día. De un trabajo de verdad llegas cansado y no borracho, que es como debes llegar tú la mayoría de los días —eso ha sido ir demasiado lejos.

Sara nota la cabeza nublada por la ira, ya no recordaba lo cruel que podía ser su padre cuando no se sale con la suya.

—Pero ¿tú quién te crees que eres para decirme algo así? —Grita Marcos fuera de sí—. Ni ser mi padre te da derecho a eso. Un trabajo es eso que te da dinero para comer, y a mí esto me mantiene. No necesito nada más.

—¿Y hasta cuando te va a mantener? Esto no es un futuro seguro —ahora su padre también habla a voz en grito.

—Pues me mantendrá hasta que tenga que hacerlo y después ya veré que hago con mi vida.

—Esa no es forma de vivir, no puedes ser feliz con eso.

—Es mi forma de vivir, no necesito que tú me digas qué hacer con ella.

—Claro que lo necesitas. Eres un joven ingenuo que va a terminar durmiendo debajo de un puente. Por eso como padre tuyo que soy no voy a permitirlo. Ayer cuando te fuiste llamé a Juan. Te puede hacer una entrevista para que empieces a trabajar en la fábrica mañana mismo. No quiero que un hijo mío se muera de hambre a los cuarenta años por imbécil.

La mesa se queda en silencio absoluto. Hace unos minutos que ya nadie come nada. Como toda respuesta, Marcos se levanta de la mesa con los ojos brillantes y soltando un improperio sale de la casa dando un portazo. Sara también nota las lágrimas amenazando con caer. Su padre no tiene ningún derecho a tratarlo así. Ella juega a fútbol, eso no es tan diferente de ser actor, así que ella también debería llevarse estas charlas, pero no es así. A su padre le gusta el fútbol, así que una hija futbolista es un honor, pero cree que los actores son vagos y maleantes, y nunca cambiará de opinión. Sara, sin poder estar ni un minuto más en esa casa decide levantarse para irse.

—¿Sabes una cosa, papá? Trabajar de peón en una fábrica de coches no te hace mejor que un actor. Que te duela todo cuando vuelves a casa no significa que trabajes más duro o seas más honrado, solo que te tienen explotado. Y deberías valorar un poco más a Marcos, porque solo tienes dos hijos, y te juro que si pierdes a uno, nos perderás a los dos.

Es la primera vez que le habla a su padre de esa forma y nota una cierta liberación muy agradable. Dicho eso, y ante el pasmo de su madre, sale de la casa dejando a sus progenitores perplejos.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

La ira y la pena la invaden por dentro de tal manera que cuando se quiere dar cuenta ha puesto el vehículo a más velocidad de la que debería. Se intenta tranquilizar y frena situándose en el carril central, así al menos se obliga a mantener la misma velocidad que el coche que lleva delante. Los pensamientos le pasan por la cabeza a una velocidad vertiginosa. Está enfadada con todo el mundo, pero más con ella misma. Odia a sus padres por tratar así a su hermano y por no dejarle ser feliz. Sabe que Marcos también tiene cierta culpa por haber sido tan duro y cruel con ellos los últimos años. De la misma forma, se odia por no haber sido capaz de defender a su hermano o intentar poner paz antes de que la situación se saliera de control. No se ha dado cuenta de que ha comenzado a llorar hasta que una lágrima le cae sobre la pierna.

Las lágrimas salen una detrás de la otra sin que pueda frenarlas y, a pesar de intentar tranquilizarse, su respiración cada vez es más acelerada. El llanto va cogiendo fuerza hasta que no puede contenerlo más y sale en forma de sollozos sonoros. Ya no sabe por qué llora, todo se le mezcla en su mente confusa en la que no es capaz de poner orden. Está lo de su familia, pero también ese sentimiento de vacío que arrastra últimamente al que ahora tiene que sumarle la incertidumbre que le provoca la irrupción de Claudia en su vida. No sabe lo que siente por ella exactamente, pero le gusta y eso la llena de rabia, porque para una vez que piensa en alguien de un modo que va más allá de sus sábanas, resulta que todavía está enganchada a su ex.

Sara no sabe dónde habrá ido su hermano. Cuando ha salido ella por la puerta ya no lo ha visto, pero supone que estará bien. Imagina que ahora solo quiere estar a solas y no se va a interponer en ese deseo. Ella por su parte quiere irse a casa y no hacer nada el resto del día, pero eso va a tener que esperar, porque tiene entrenamiento y es el día antes del partido, no puede saltárselo o entonces Vanesa la sentará en el banquillo con total seguridad.

Más serena, conduce hasta su casa, se lava bien la cara, se cambia de ropa y después de coger la mochila, se vuelve hacia el vehículo y se dirige hacia el campo. Esta vez lo hace sola, como no sabía cuándo iba a terminar la comida con sus padres, le ha dicho a Vanesa que ya se verían en el estadio.

Cuando entra en el vestuario, Marta y un par de compañeras ya se están cambiando. Sara saluda y después de cambiarse, se hace el vendaje compresivo ante la mirada de Marta.

—Para no dolerte te lo cuidas mucho —dice con una ceja alzada.

Sara sabe que a Vanesa se la puede colar, pero no a Marta.

—Es por si acaso.

—Ya, como perdamos mañana por tu culpa, te estrangulo con la red de la portería —dice la jugadora entornando los ojos y señalándola con el dedo acusador.

—No esperaba menos.

Las dos se ríen y Marta le tiende la mano para que se levante, pero antes de salir, Sara siente la necesidad de comprobar si Claudia le ha contestado.

—Ve tú, yo voy enseguida.

—Vale.

Marta sale junto a Martina y otras compañeras y ella saca el móvil de la bolsa comprobando con el pulso acelerado que sí, Claudia le ha contestado.

“Pues menos mal que me lo diste tú, porque no sabía cómo pedirte el número. Yo también me lo pasé muy bien ayer por la noche. Algún día deberíamos repetir”.

No se puede creer lo que lee. ¿Ella también quería pedirle el número? Su familia es una mierda ahora mismo, pero al menos sabe que Claudia quiere volver a quedar con ella, y eso la deja extasiada de felicidad. No sabe qué lío se lleva con la exnovia, pero se repite que ese no tiene que ser un problema porque al fin y al cabo ella no busca nada serio, ¿no? Aparta ese pensamiento y se plantea seriamente abandonar el entrenamiento y decirle de quedar ahora, pero lo descarta reprendiéndose a sí misma.

“Ahora estoy ocupada, pero después podemos vernos si quieres”

Ya está, ya se lo ha dicho. Claudia está en línea, así que Sara no suelta el teléfono, necesita saber qué le responde.

—Sara, ¿sales o no? —Vanesa se ha asomado a la puerta del vestuario.

—Sí, un minuto —dice sobresaltada.

—Pues espabila que empezamos, por cierto, Marcos ha venido, está en el campo.

—¿En serio? —Pregunta sorprendida.

—Sí —su prima sonríe, después sale y cierra la puerta, para cuando Sara vuelve a mirar el móvil, ya tiene una respuesta.

“Yo también estoy ocupada viendo a una persona, hablamos luego”

El mensaje es tan seco que la deja descolocada y con mal cuerpo. Sara guarda el móvil y sale al campo y se dirige hacia el lateral donde ya están todas sus compañeras. Vanesa ya ha silbado para que inicien el calentamiento por lo que Sara se coloca junto a sus compañeras con prisas y no es hasta que levanta la cabeza tras estirar los músculos de las piernas, cuando se queda petrificada en el sitio. Junto a uno de los bancos del lateral, está su hermano Marcos sonriéndole con una mueca traviesa, a su lado, está Claudia con la mirada clavada en su tobillo.

—Joder —dice tan descolocada que se lía con el siguiente ejercicio y no es capaz de seguirlo.

—Sara, céntrate —la reprende su prima.

Vanesa mira hacia donde está Marcos para sonreírle con complicidad por la torpeza de su hermana, es ahí cuando descubre que a su lado hay una chica que cuando él ha llegado no estaba, y probablemente la razón por la que ella no se centra. Las pone a todas a hacer pases simples, pero Sara está tan nerviosa por la presencia de Claudia, que, si no los falla, tarda demasiado en pasar el balón.

—Venga, Sara —la anima su hermano con cierto tono de mofa.

Claudia aplaude divertida y si antes Sara estaba nerviosa, ahora no da pie con bola.

—Dad una vuelta al campo y después hacemos unos tiros a portería —ordena Vanesa.

Todas obedecen, pero Marta ralentiza el paso cuando llega a su lado.

—¿A ellos no les llamas la atención? —Pregunta entornando los ojos.

—¿Qué?

Vanesa la mira descolocada mientras su chica, con gesto inquisitivo, sigue botando en el sitio.

—No sé, a mi vino a verme mi novio y querías echarlo del campo —suelta Marta.

A Vanesa se le escapa la risa y se acerca a ella con gesto amenazante hasta que Marta deja de moverse al sentir que la boca se le seca.

—Aquel gilipollas te miraba a ti, y eso sí que me molesta, que miren a Sara me importa una mierda. Ahora corre y procura no llegar la última o te haré dar otra vuelta —la amenaza mirándola a los ojos.

—Eso es abuso de poder —Marta le mantiene la mirada y sonrío mordiéndose el labio—, pero me pones tan cachonda que te haré caso.

Su chica sale corriendo y Vanesa se queda allí, observando como acelera el ritmo mientras que a ella se le acelera todo el cuerpo.

Sara corre distraída, mirando hacia la banda en lugar de mirar al frente, preguntándose en qué momento su hermano ha contactado con Claudia y lo peor, preocupada por lo que pensará ella después de saber que le mintió respecto a su trabajo. Perdida en sus pensamientos y en los ojos de la fisioterapeuta, Sara se desvía de su trayectoria y se cruza en el camino de otra compañera provocando que esta no pueda esquivarla y ambas caigan al suelo de manera estrepitosa justo delante de su hermano y Claudia.

—Cuando corres has de mirar dónde pones los pies, Sarita, no las tetas de tu amiga —dice Marta sin aguantarse la risa mientras ayuda a levantarse a su otra compañera.

Sara se ha quedado sentada con una pierna estirada por delante del cuerpo y la otra doblada mientras se sujeta el tobillo con las manos, no es que le duela, es que por algún motivo que no se explica, quiere llamar la atención de Claudia.

—¿Te has hecho daño? —le pregunta Marta acercándose a ella después de asegurarse de que la otra chica no tiene nada.

Marcos y Claudia también se acaban de plantar frente a la jugadora, que los mira avergonzada mientras llega Vanesa.

—No, solo me he resentido un poco —dice notando cómo la sangre le arde en las mejillas.

Nota un zumbido en los oídos y ni siquiera se entera cuando su prima ordena a sus compañeras que sigan con el entrenamiento.

—¿Me dejas que te eche un vistazo? —La pregunta la hace Claudia y Sara nota un escalofrío recorrerle todo el cuerpo, su plan ha funcionado.

—¿Tú quién eres? —Suelta Vanesa, recelosa de que nadie toque a ninguna de sus jugadoras.

—Es Claudia, la fisio de la que te hablé —explica Sara desde el suelo, muerta de la vergüenza.

Vanesa la mira y relaja la expresión. Después le tiende la mano y se presenta.

—No le haré nada malo, lo prometo —dice Claudia estrechando la mano de Vanesa.

—Está bien, ese es el macuto de primeros auxilios, coge lo que necesites —dice Vanesa señalando una mochila sobre uno de los bancos.

La entrenadora vuelve con el resto de las jugadoras y Marcos es el encargado de acercarles el botiquín.

—Si no os importa, yo me voy al lado de Vanesa, hay mejores vistas — Marcos les guiña un ojo y sin esperar respuesta, corre al lado de su prima y las deja solas.

—¿Qué haces aquí? —Pregunta Sara en cuanto Claudia le quita el calcetín y comienza a deshacer el vendaje.

—Me ha llamado tu hermano, estaba un poco agobiado por lo que ha pasado en casa de tus padres y quería hablar.

—¿Te lo ha contado? —Sara abre los ojos como platos.

—Sí —Claudia la mira de soslayo para observar su reacción, después sigue con su cometido—. Nos hemos tomado un café y después ha dicho que si quería acompañarlo aquí, a verte entrenar, y yo he pensado, ¿por qué no?

El tono irónico de Claudia hace que Sara se sienta una miserable por haberle mentido sobre su trabajo.

—Siento no haberte dicho que jugaba al fútbol, pero me daba miedo que dijeras que con ese tobillo no podría jugar el partido de mañana.

—¿Mañana tienes partido?

Claudia le clava una mirada tan dura que Sara se queda paralizada y solo afirma con la cabeza. Sin decir nada, la fisioterapeuta aplica una pomada y comienza un masaje suave sobre el tobillo.

—En realidad la que mentí fui yo, Sara —explica sin apartar la mirada de su pie.

La jugadora la mira desconcertada.

—Yo te reconocí de inmediato en cuanto entraste en la consulta. Te recordaba, y no es que me fascine mucho el fútbol, pero sí que veo algunos partidos y como eres la hermana de Marcos, tu carrera la he seguido un poco.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —Pregunta Sara pasmada.

—Porque tú no me reconociste a mí, lo cual fue decepcionante, la verdad, era evidente que en aquella época no desperté ningún tipo de interés en ti. Y después vi que tampoco querías mencionar lo del fútbol, así que

pensé que era mejor no agobiarte. En cuanto a tu tobillo, no te preocupes, lo que tienes es solo la molestia, con un analgésico y un buen vendaje, podrás jugar el partido sin problema, eso sí, después estaría bien que te tomaras unos días de descanso hasta que deje de dolerte.

Sara no sabe qué decir, se ha quedado absorta mirando sus manos moverse con suavidad alrededor de su pie mientras Claudia le habla. Tiene el corazón a mil por hora y de nuevo esa confusión que le nubla la mente está ahí para atosigar su pecho con un nudo de ansiedad. Claudia le gusta mucho, es capaz de imaginarse con ella en muchos sitios y al mismo tiempo rechaza la idea porque le da pánico enamorarse y que su vida comience a girar en torno a alguien que no sea ella misma. Suena egoísta, pero a Sara las complicaciones no le gustan, y la palabra complicación está escrita en letras grandes en la frente de Claudia.

—¿Cómo está?

La aparición de Vanesa las sobresalta a ambas. Sara la mira como si fuera un ente extraño al que no reconoce, es Claudia la que se recompone y se gira hacia ella.

—No es nada serio. Ahora se lo dejaré sin nada y sería conveniente que ya no entrene más para que le descanse el músculo y se relaje.

—¿Podrá jugar mañana?

—Sin problema, aunque después de ese partido mi recomendación es que descanse unos días hasta que la molestia desaparezca del todo, aunque eso deberá decidirlo vuestro médico.

—No hace falta —protesta Sara.

—Tú te callas —dice Vanesa ante la sonrisa divertida de Claudia.

Sara tuerce el gesto, pero obedece.

—La verdad es que nuestra doctora no está especializada en este tipo de lesiones. Hasta hace poco teníamos contratado un fisioterapeuta que venía dos veces por semana, pero se fue y tenemos que buscar a alguien, no sé si te interesa.

Claudia se queda boquiabierta, casi tanto como Sara.

—Pues lo podríamos hablar, claro.

—Bien —Vanesa sonríe—, pásate el lunes y te llevo a dirección para que te informen de las condiciones. Mientras tanto, si no tienes nada que hacer, me quedaría más tranquila si vienes mañana al partido.

A Sara el corazón está a punto de saltarle por la boca. Claudia la mira, todavía incrédula, ya tiene dos trabajos, pero si esto le encaja, se lo podría

combinar o incluso dejar el otro y dedicarse solo a aquello para lo que ha estudiado.

—Vale.

Cuando Vanesa se aleja, ella se vuelve hacia Sara y le sonríe.

—¿Sigues en pie lo de quedar luego?

La fisioterapeuta le tiende una mano al mismo tiempo que hace la pregunta, Sara la acepta afirmando con la cabeza mientras siente un latigazo de cosquillas atravesarle el vientre.

—Vamos a decirle a Marcos que se dé una vuelta por ahí —dice Sara con la boca seca.

Las dos se ríen y después de hablar con su hermano y dejarle el coche de Sara porque ellas pueden irse con el de Claudia, se van directas a casa de la jugadora.

Capítulo 13

Cuando llegan, Sara está muy nerviosa, así que ofrece algo de beber a Claudia y se mete en la cocina a preparar una tabla de embutidos y quesos. Saca su tabla de madera y empieza a cortar quesos en formas y tamaños diferentes a medida que los deposita en la tabla, decorándola con hojas de hierbas varias y fruta mientras Claudia, también algo inquieta, la mira fascinada.

—Esto ya está —dice Sara y lo deja sobre la mesa que hay delante del sofá.

En un primer momento, ambas se quedan paradas sin saber muy bien qué decir. La noche anterior todo fluía entre ellas estupendamente, pero ambas iban algo perjudicadas y era en un contexto amistoso al igual que hace un rato en el campo, pero ahora están solas, sobrias y en casa de una de ellas. La situación es radicalmente diferente.

Sara se tranquiliza un poco al ver que Claudia parece estar igual de nerviosa que ella.

—¿Qué tal la resaca? —Pregunta Claudia tratando de romper el hielo—. Porque la mía, fatal.

—Yo estoy igual —concuerta Sara sonriendo—, pero el ibuprofeno que me he tomado ha ayudado mucho.

—Yo he hecho igual. Suerte que hoy no trabajaba.

Las dos se sienten estúpidas, tienen unas ganas locas de besarse y ninguna se atreve a dar el paso.

—¿Cuál es ese otro trabajo del que hablaste? —Se interesa Sara con el corazón zumbándole las sienes.

—Llevo las redes sociales de una discográfica. Voy a los conciertos para hacer publicidad y subo noticias sobre los grupos que representan. Así conocí el grupo que fuimos a ver ayer.

Sara la mira sorprendida por lo diferentes que son sus dos trabajos.

—Suenan increíble lo de trabajar yendo a conciertos.

—La verdad es que no me puedo quejar, no noto que esté trabajando casi nunca. ¿Tú a qué te dedicas? Ah, no, no me lo digas que ya lo sé —se burla y las dos se ríen más relajadas.

A partir de ahí la conversación se desarrolla fácilmente. Sara se tranquiliza al ver que se siguen entendiendo muy bien. A medida que pasa el tiempo, se va dando cuenta de que comparten el mismo tipo de humor y que coinciden en algunos de sus grupos de música preferidos. Hablan durante bastante tiempo y más de una vez se descubre a sí misma quedándose absorta mirando a Claudia. La chica no tiene ninguna característica que la haga especialmente guapa, pero su personalidad la atrae más de lo esperado.

Claudia es apasionada, cuando habla de algo que le gusta se emociona, empieza a hablar más rápido y gesticula de forma exagerada con los brazos. Consigue captar tu atención sin querer y sin que te lo esperes. Además, el aura que la rodea es alegre a la vez que misteriosa. Sara descubre que hay partes ocultas en esa personalidad que enseña al mundo, pero eso solo hace que le guste más. Físicamente, su pelo castaño lacio y largo y sus ojos color miel, enmarcan una cara delgada de facciones puntiagudas. Tiene la mandíbula muy marcada y una nariz alargada que dan un cierto aspecto andrógino a su cara.

Cuando por fin terminan todos los temas de conversación, se dan cuenta de que ya ha oscurecido y que hace tiempo que no piensa en la discusión de su familia. Ha conseguido su objetivo.

—¿Quieres que corte más queso?

La pregunta es absurda porque todavía queda, pero Sara se ha puesto nerviosa de golpe, no entiende qué le pasa. Está acostumbrada a controlar las situaciones, a pedir lo que quiere y no frenarse cuando siente ese deseo que le está quemando las entrañas. Pero con Claudia todo se le escapa de las manos.

Como toda respuesta, Claudia sonríe y se mete un trozo en la boca que saborea de un modo tan sensual que deja a la jugadora sin aliento.

—¿Sabes dónde hacen este queso?

Claudia ha cogido un taco y se lo ofrece a Sara, que abre la boca y deja que le meta el trozo dentro mientras niega de manera casi imperceptible.

Resulta que Claudia es una experta en quesos debido a la afición de su padre. Le empieza a hablar de los diferentes tipos que ha probado y de donde provienen. Por cada queso que prueban, Claudia tiene algo que decir,

y siempre suele ser alguna historia divertida o desastrosa. De nuevo Sara se relaja y la cena pasa volando entre comer y reír hasta que, cuando se quieren dar cuenta, solo queda el último trozo de queso azul.

—Comételo tú —dice Claudia arrastrándolo con el dedo hacia su parte de la tabla.

—No, tú eres la invitada, te toca a ti —dice Sara devolviéndolo a la otra parte.

—Yo ya estoy llena. Es para ti.

Cuando va a mover el trozo, Sara pone su mano para que el queso no se pueda mover. Forcejean un poco para ver quién es más hábil, con la mala suerte de que el trozo termina cayendo al suelo.

—Bueno, problema resuelto. Ahora nadie se lo va a comer —dice Sara mirando el trozo.

—Pero ¿qué dices? Si eso está bueno para comer, casi ni ha tocado el suelo —contesta Claudia cogiéndolo con los dedos y llevandoselo a la boca. El trozo no llega a su destino, ya que Sara le coge el brazo.

—¡Qué asco, Claudia! —dice entre risas—. No te comas eso —pero Claudia da un tirón fuerte y se libera, poniéndose directamente el trozo en la boca.

—Listo —dice sonriendo ante la cara de pasmo que ha puesto la futbolista.

—Qué asco —repite Sara—, ahora ya no te podré besar.

Sara lo ha dicho sin pensar, pero cuando esas palabras salen de su boca se queda parada. ¿Por qué no puede controlar un poco más lo que dice? Ambas se quedan mirándose, ella con cara de susto y Claudia con una mueca traviesa atravesándole el rostro.

—¿Así que tenías pensado besarme?

Sara se encoge de hombros, no sabe cuál es la respuesta correcta que dar, por suerte, Claudia continúa.

—Pues como ahora parece que ya no me vas a dar ese beso, voy a aprovechar para dártelo yo a ti.

El corazón de Sara da un salto en su pecho ante esas palabras y la imagen de Claudia que se acerca hacia ella. Cierra los ojos y corresponde el beso con deseo. Ambas lo hacen. Es un beso hambriento, de esos que llevan mucho tiempo formándose y esperando a que alguien sea lo suficientemente valiente para darlo. No se separan durante varios minutos y tampoco bajan

de intensidad. Sara llevaba desde ayer por la noche deseando ese beso con muchas ganas y ahora que lo tiene no lo va a dejar escapar.

Sara nota una de las manos de Claudia pasando por debajo de su camiseta y tocando la piel desnuda que queda por debajo de esta. La piel se le eriza ante el contacto y lo corresponde separándose de la boca y bajando al cuello de la chica. Sabe perfectamente lo que quiere y lo va a conseguir. Con ese movimiento parece que Claudia se encienda todavía más, porque su boca y sus manos se vuelven más insistentes, colándose por todos los rincones donde tiene acceso y recorriendo el torso de Sara de arriba abajo. La situación se está volviendo ardiente, por lo que ella misma se detiene y se levanta tendiéndole una mano a Claudia, que acepta mirándola con tanto deseo que Sara siente tal calambrazo entre las piernas que por poco se corre ahí mismo. Se dirigen hacia la habitación, se dejan caer en la cama y se dejan llevar con tanta pasión, que pierden la noción del tiempo.

Sara se encuentra tumbada, desnuda, y con Claudia acunada entre sus brazos. Llevan unos minutos en silencio, descansando, y se alegra de ver que nada se hace incómodo.

—¿Cuándo vuelve Marcos? —Es Claudia la que rompe el silencio, sabe que debe irse, pero necesita una excusa que la arranque de esos brazos donde se siente tan cómoda—, porque si va a llegar pronto me debería empezar a vestir.

Las dos miran la hora para ver que ya son más de las once de la noche. Sara no quiere que se marche, pero mañana tiene partido y sabe que si se queda no va a descansar en absoluto.

—Supongo que debe estar al caer.

Ambas se incorporan y empiezan a buscar diferentes piezas de ropa entre las sábanas. Les lleva unos minutos encontrarlo todo, ya que lo han tirado sin mirar muy bien dónde, poseídas por esa hambre voraz que Sara no recuerda haber sentido por nadie y que añade más confusión a su estado.

Una vez vestidas, acompaña a Claudia hacia la puerta.

—Antes de que te vayas deberíamos hablar, ¿no? —dice de repente, poseída por ese miedo a no controlar las cosas.

Claudia asiente.

—Yo me lo he pasado muy bien —dice Claudia, a ella la situación también la tiene algo confusa, pero debe ser sincera—, podemos seguir

quedando, pero deberías saber que no busco nada serio. Todavía estoy en una etapa rara con mi exnovia y no busco nada más.

Sara suspira aliviada, al menos están en la misma línea. Y si es Claudia la que prefiere mantener un rollo sin compromiso, esta vez no será cosa suya.

—Perfecto. Yo tampoco busco nada serio, pero me encantaría seguir quedando contigo.

Sara se siente mucho mejor. Se ha conseguido olvidar de todo lo sucedido ese día, ya no tiene resaca y ha podido quedar con Claudia. A pesar del mal inicio de día, tiene que aceptar que ha terminado muy bien. Se despiden con un beso un poco torpe y una sonrisa nerviosa, después Claudia le dice que intentará ir al partido y se marcha.

Sara recoge todo lo de la cena para borrar las evidencias del paso de Claudia por su casa como si su hermano no lo supiera ya. Se sienta en el sofá y busca una película en Netflix. No lleva ni quince minutos cuando oye a Marcos abriendo la puerta.

—¿Qué estás viendo?

Sara agradece que no le pregunte por su encuentro con Claudia, le explica de qué va la película y los dos se ponen a verla. Al cabo de unos minutos, le suena el móvil y lo coge con rapidez, de nuevo con ese cosquilleo en el pecho que le produce la idea de que sea Claudia, pero su decepción es inmediata.

“No sé si es que no te acuerdas de que me conociste ayer o si di peor imagen de la esperada”

Es Rubén, que envía el mensaje acompañado de unos emoticones riéndose. Se había olvidado por completo de él. Se siente mal por no haberle contestado después de que la acompañara a casa.

“Lo siento. He tenido un día muy raro. Demasiada resaca”

Debe decirle algo más, pero no sabe qué. No quiere hacerle ilusiones, porque, aunque no le importaría quedar con él como amigos, sabe que no es lo que el chico está buscando. Decide que su mejor opción es ignorar la pregunta y seguir mirando la película.

“Yo por suerte no bebí, así que hoy he podido ir de excursión”

Al menos no insiste con la pregunta y parece haber pillado la indirecta, pero le sigue dando conversación. Sara, sintiéndose todavía mal por haberse olvidado de contestarle, le sigue la conversación con monosílabos hasta que es hora de irse a dormir.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

Claudia no ha acudido al partido, aunque sí que se ha asegurado por mensajes de que Sara se hacía el vendaje compresivo y se tomaba antiinflamatorios antes y después. El resultado final para el equipo es un empate que les deja un sabor agri dulce que ninguna quiere celebrar. Sara sabe que no ha exhibido todo su potencial y no es por culpa de su tobillo, es porque no está centrada del todo, pero se consuela sabiendo que todo el mundo pasa por malas rachas y que ella no es de hierro.

—¿Os venís a cenar a casa? —Pregunta Vanesa mirándola a ella y a su hermano.

Los dos aceptan y esa noche pasan una velada magnífica junto a Marta, que se muere de la risa escuchando las anécdotas de los tres primos.

Los siguientes días pasan sin nada interesante a destacar por parte de Sara, Vanesa la ha librado de los entrenamientos durante toda una semana y le consta que Claudia ha llegado a un acuerdo y aceptado el puesto como fisioterapeuta del equipo. No lo sabe por ella, lo sabe por Vanesa, porque, a pesar de que dijeron que querían seguir viéndose, ninguna de las dos ha dado el paso. Han dejado que un mutismo extraño se instale entre ambas, Claudia porque quiere resolver de una vez los problemas que la siguen uniéndola a su exnovia, Sara porque todo es más cómodo así, y sobre todo, menos complicado a pesar de que no deja de pensar en ella.

Durante ese tiempo, va hablando con Rubén a menudo. El chico le sigue dando conversación a pesar de que ella no da ninguna muestra de estar interesada. Le cae bien y parece divertido, pero no está buscando ninguna persona más para meter en su vida de esa manera. Además, ciertas actitudes que presenta la hacen estar un poco incómoda, aunque no logra en ningún momento señalar qué es exactamente lo que le provoca esa sensación.

Pasada esa semana, Marcos le anuncia que regresará a Alemania en pocos días. Sara sabe que es lo mejor, pero una pequeña parte de ella desearía que su hermano se quedara por aquí a pesar de lo mucho que echa

de menos su intimidad y las ganas que tiene de coger la pared de la habitación que ocupa y desestresarse a brochazos con ella

—He quedado para ir a tomar algo con mis amigos. ¿Te apuntas?

Sara ya está con el pijama y mira una serie desde debajo de las sábanas cuando su hermano le pregunta, por lo que está muy tentada en decir que no. Pero la idea de que Claudia va a estar allí es lo que hace que se plantee salir de la cama. Puede que no se hablen o que ella se empeñe en convencerse de que no le importa, pero se muere de ganas de verla y la oferta de su hermano es una excusa perfecta. Además, con un poco de suerte, pueden repetir lo de la última vez.

—Vale. ¿A qué hora has quedado?

La cara de sorpresa de su hermano le indica que no esperaba que aceptara. Seguramente la invitación era más una formalidad que otra cosa, pero le apetece ir, así que tendrá que soportarla.

—A las nueve. Salimos de casa a las ocho y media. Intenta ser puntual esta vez.

Viendo que ya son las siete, decide salir de la cama y empezar a arreglarse. Va duchada del entrenamiento, sin embargo, quiere maquillarse y elegir bien la ropa que se va a poner. El maquillaje y el peinado le llevan más de media hora, le gusta tener tiempo para probar varias cosas y decidir qué hacerse. Elegir qué ponerse tampoco es decisión fácil, pero al final consigue estar completamente lista a las ocho y cuarto. Eso la sorprende casi más a ella que a Marcos. Por primera vez en mucho tiempo, salen por la puerta justo a la hora acordada.

Han quedado en un bar de hamburguesas donde sirven cañas baratas. Otra vez vuelve a salir de los ambientes a los que está acostumbrada, pero esta vez se ha vestido más acorde con la situación. Unos vaqueros y una camiseta negra corta hacen que se camufle a la perfección con lo que la rodea.

La mesa de los amigos de Marcos es fácilmente identificable porque son los que más chillan del local. Esta vez solo hay seis personas sentadas en una mesa, entre ellas Miguel, Rubén, Claudia y una de las chicas que vio en el cumpleaños que cree recordar que se llama Sonia. Las otras dos personas son una pareja que había visto en la discoteca, pero con los que no habló. Los reciben con una efusiva bienvenida. Su mirada se cruza con la de Claudia momentáneamente y ambas se sonríen. El corazón de Sara se

desboca de un modo incontrolable y nota un calor extraño en las orejas y las manos.

—Ven a sentarte a mi lado —dice Rubén levantándose para dejarla pasar a la silla que queda a su lado.

Sara titubea un poco mirando a Claudia, pero no tiene ninguna excusa para no sentarse al lado del chico, así que termina simplemente ocupando ese sitio.

Claudia termina sentada en la otra punta de la mesa, imposibilitando la ocasión de establecer una conversación con ella.

—¿Qué tal estás? —Pregunta Rubén sonriente.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Perfecto. Vi el partido del otro día, lo hiciste genial —Sara se queda un poco perpleja.

—Gracias. ¿Cómo te has enterado?

—Sigo el Instagram de tu equipo —los ojos se le abren de la sorpresa—. El viernes me dijiste para qué equipo jugabas, así que lo busqué. Sales muy bien en las fotos —Sara empieza a sentirse un poco incómoda, pero intenta disimularlo lo mejor que puede.

— Gracias.

Sonia, sentada a su izquierda, se debe dar cuenta de que quiere cambiar de tema, ya que se inmiscuye en la conversación para preguntarle sobre marcas de maquillaje que le gusten. Ese nunca ha sido de sus temas preferidos, pero aprovecha la oportunidad para girarse hacia ella y dejar a Rubén hablando con la pareja de Sonia.

El resto de la cena pasa tranquilamente entre charlas y cervezas. Rubén inicia una conversación animada sobre carreras de motos de montaña con el chico de la pareja de Sonia y no le hace mucho más caso. Ella, por su parte, tampoco le da la oportunidad, pues se pasa todo el tiempo posible girada hacia Sonia. De vez en cuando, levanta la mirada hacia Claudia, sentada en la otra cabeza de mesa. En más de una ocasión, la pilla mirándola a ella también, pero cuando eso pasa, ambas apartan la mirada rápidamente.

El ambiente del local se va volviendo cada vez más bullicioso, las mesas se van llenando y la gente va bebiendo cada vez más. Al final de la cena, el ruido es ensordecedor porque todos tienen que chillar para hacerse oír. Además, han puesto una pantalla con el fútbol y varios grupos de personas gritan y animan a los equipos. En ese momento se plantea cambiar de local a un pub y todos aceptan.

Cuando salen a la calle, Sara intenta no quedarse andando cerca de Rubén, quiere establecer conversación con Claudia, ya que en la comida ha sido imposible. Por suerte, parece que la chica tiene las mismas intenciones, ya que rápidamente la alcanza y empiezan a andar unos metros por delante del resto del grupo.

—¿Qué tal el tobillo? —Pregunta sonriendo.

Sara la mira de cerca por primera vez esa noche y se sorprende de lo guapa que es. No recordaba que sus ojos fueran tan cautivadores ni su belleza tan abrumadora. ¿Qué ha cambiado desde la última vez? Debe concentrarse para poder contestar con sentido.

—Perfectamente, ya no me duele y mañana vuelvo al entrenamiento — Claudia levanta los puños al aire y pega un grito divertido provocando que varios peatones se giren a mirarlas.

Sara no puede evitar reírse de su gesto espontáneo.

—¿Tú qué tal la semana? ¿Muchos conciertos? ¿Qué tal con las chicas del equipo?

—No, esta semana ha sido tranquila en cuanto a conciertos. Mañana es el día importante. Voy al de un grupo de blues que acabamos de contratar y me dan muy buena espina.

—Suenan más interesantes que mi trabajo de mañana, que se va a basar en flexiones, abdominales y correr durante horas.

—No sé cómo lo haces, yo y el deporte somos como el agua y el aceite. Mi ejercicio es bailar.

—No me has contestado, ¿con las chicas bien?

—Sí, aunque no las he tratado mucho, tres horas, dos días por semana no son demasiado, pero parecen todas muy majas.

—Sí que lo son.

Desde detrás, las alcanza Miguel diciéndoles que hay un cambio de planes y quieren ir a ver un grupo que toca en un bar cerca de allí. Ambas no ponen ninguna objeción, así que cambian el rumbo dejando que el resto del grupo las alcance.

Llegan a un local igual de sucio y viejo que al que fueron el primer día, pero este está mucho más lleno de gente. El ambiente en el interior es agobiante y caluroso, pero, aun así, todos entran sin pensárselo dos veces. La primera parada es la barra, donde Sara decide pedirse el único gin-tonic que se tomará esa noche. No tiene intención de soportar más resacas que no le aportan nada y solo le dejan mal cuerpo durante todo el día.

Cuando el grupo empieza a tocar, descubre encantada que tocan versiones de canciones famosas. No las conoce todas, pero poder cantar algunas hace que se anime. Su grupo se ha establecido en una esquina de la sala en la que han formado un círculo. La primera hora del concierto se la pasan bailando y haciendo tonterías, mientras la sala se va llenando cada vez más y su círculo se va cerrando. No cabe ni una aguja para cuando dan las doce, pero Sara puede ver que sigue entrando gente por la puerta.

Intenta obviar el calor y centrarse en la música, aunque esta vez no va tan perjudicada como en el cumpleaños de Claudia y la sensación de agobio se va apoderando de ella. No está acostumbrada a los locales oscuros y estrechos y empieza a notar que se ahoga. Claudia la mira con preocupación, pero ella pone su mejor sonrisa para tranquilizarla. No quiere salir sola ni obligar a nadie a que la acompañe, todos se lo están pasando muy bien y no quiere ser la nota discordante.

Para su disgusto, mientras intenta centrarse en respirar, Rubén se sitúa a su lado y la coge de la mano. Ella tiene que luchar contra sus ganas de apartarlo de ella. No conforme con solo cogerla de la mano, se va pegando cada vez más a ella, intentando que bailen juntos. Sara está incómoda, pero el chico va tan borracho que cuando intenta apartarlo, no se da cuenta. Se inclina hacia ella situando su boca cerca de su oreja. El aliento le huele a cerveza y a whisky, lo que hace que Sara se sienta más agobiada que antes. No sabe cómo hacerlo para que la deje en paz sin parecer borde o montar una escena.

—Estás preciosa esta noche —le dice arrastrando las palabras.

Intentando separarse, da un paso atrás, pero se encuentra que ya está contra la pared. Se siente atrapada por ese chico tan corpulento como su hermano que parece no enterarse de la situación en la que la está metiendo. La música sigue sonando muy fuerte y las luces se apagan y encienden siguiendo el ritmo. Rubén se mueve contra ella a ese mismo ritmo, sin darse cuenta de que Sara está muy rígida. Por suerte, Marcos y Claudia parecen darse cuenta de lo que pasa, ya que lo apartan de ella. Su hermano coge al chico por el brazo y le da un tirón con tanta fuerza que provoca que se tropiece. Una vez lo ha movido, se coloca entre los dos para mantenerlos separados.

—¿Estás bien? —Le pregunta al oído. Marcos tiene pinta de estar muy enfadado.

—Sí, tranquilo. Creo que va tan borracho que no se entera de nada —dice Sara intentando quitar hierro al asunto.

Su hermano parece que no acepta eso como excusa, pero decide dejarlo pasar por ahora. Sin Rubén pegado a su cuerpo, siente que puede respirar un poco mejor, pero la música, las luces y las personas, la siguen agobiando. Se nota toda la espalda sudada y tiene la sensación de que la temperatura sigue subiendo sin parar.

—Estás muy pálida. ¿Quieres salir un minuto? —Claudia está a su lado. Simplemente asiente y la fisioterapeuta la coge de la mano y tira de ella hacia la salida.

El primer soplo de aire cuando salen le sabe a gloria. Nota como los pulmones se le vuelven a llenar completamente y el frío le quita el mareo que empezaba a sentir allí dentro. Se sienta en un portal enfrente de la puerta del local y se centra en respirar hondo un par de veces. Claudia se ha sentado a su lado y la coge de la mano preocupada.

—¿Te encuentras mejor? —Le pregunta cuando levanta la cabeza de entre las rodillas.

—Sí, me he agobiado un poco allí dentro con la gente y el ruido.

—Y con Rubén —dice con desprecio.

Sara simplemente asiente, no quiere hablar mal de uno de sus amigos.

—Es que cada vez me cae peor. Cuando está borracho no acepta un no de ninguna chica. Yo voté por sacarlo del grupo, pero como algunos lo conocen de la primaria, no quieren dejarlo tirado. No lo soporto —dice Claudia asqueada—, siento que te haya incomodado.

—No es culpa tuya. No es culpa de nadie aparte de suya, así que tranquila.

Sara mira la hora para ver que son las doce y media.

—Si quieres puedes volver a entrar, yo ya estoy bien.

—No, prefiero quedarme contigo.

Ambas se miran a los ojos y se quedan unos segundos perdidas en esa mirada. Se dan cuenta de que todavía se están cogiendo de la mano, y Claudia, sin poder contenerse, entrelaza los dedos con los suyos. Eso envía pequeñas descargas eléctricas por todo el brazo a Sara, dejándola desconcertada.

—Yo tendría que empezar a irme —dice tartamudeando un poco.

No sabe por qué de repente está tan nerviosa, pero nota el corazón latiendo con fuerza.

—¿Quieres que vaya contigo?

A Sara se le cierran las cuerdas vocales y no es capaz de emitir ningún sonido, pero asiente vigorosamente. Desea con todas sus fuerzas llevarse a esa chica preciosa e increíble con ella a pasar lo que queda de noche. Se levantan todavía con los dedos entrelazados y emprenden el camino a casa.

OceanofPDF.com

Capítulo 15

La caminata es prácticamente lo mejor de la noche para Sara. Ambas no van tan bebidas como la primera vez que salieron ni están tan nerviosas como cuando quedaron en su casa, lo que permite que sus personalidades brillen con fuerza.

Descubre que Claudia es mucho más cómica de lo que esperaba. No solo es graciosa con el sarcasmo, sino que se le da muy bien poner voces, expresiones e imitar a personajes. Gran parte del camino a casa se lo pasa haciendo imitaciones de personas famosas, lo que hace que a Sara le duela la barriga de reír. A eso se le suma un sentido del humor rápido e inteligente, que mejora en mucho sus imitaciones.

Llegan al apartamento sin darse cuenta de que ya llevan caminando cuarenta minutos. Sara abre la puerta con prisas y una vez dentro, incluso antes de cerrar la puerta, hace lo que llevaba gran parte del camino deseando hacer. Se inclina y da un beso a Claudia. Aprieta sus labios contra los suyos con vigor, provocando que la otra responda de igual forma. Nota que Claudia tenía tantas ganas de hacer eso como ella, así que, sin pensárselo dos veces, la coge de la mano y se la lleva a la cama. No hay nada a preguntar, sus cuerpos están dejando muy claro lo que quieren y de nuevo, durante horas son solo gemidos y los chasquidos de sus besos los que resuenan por toda la habitación.

—¿Qué ha pasado con tu exnovia?

Ambas están desnudas y tumbadas en la cama en silencio después del último orgasmo. Sara no sabe por qué acaba de preguntar eso, pero tiene curiosidad desde ese primer día en la discoteca y llegadas a este punto, supone que tiene derecho a conocer la historia. No acaba de entender qué relación hay entre ellas. Claudia la mira desconcertada y Sara se arrepiente de haber preguntado nada.

—Lo siento. He hablado sin pensar. Eso son cosas tuyas —añade notando como le queman las mejillas, sabiendo que probablemente se le han puesto de color rojo intenso.

—No pasa nada, no me importa hablar del tema, solo que la pregunta me ha pillado por sorpresa —dice girándose hacia ella y apoyándose sobre su hombro—. Estuvimos saliendo cuatro años, teníamos ya planes de irnos a vivir juntas y todo, pero descubrí que me estaba engañando con otra desde hacía unos meses. La encontré de casualidad en una cafetería besando a una de sus compañeras de trabajo y la dejé.

Sara la mira sin entender cómo han llegado al punto donde están ahora.

—Pero resulta que, a pesar de eso, soy tan tonta que me sigue gustando. Así que después de que me pidiera perdón miles de veces, accedí a volver a verla para hablar. Desde entonces hemos ido quedando, y aunque no quiero nada con ella, sí que a veces termino volviendo a caer. Es una situación complicada. Yo no le suelo hablar, pero ella me busca mucho.

—¿Ahora te sigue gustando? —Pregunta Sara con algo extraño estrangulando su garganta, como si tuviera una boa enrollada en su cuello.

—Sí y no. Me sigue atrayendo mucho y siempre que quiere algo conmigo yo acepto, pero creo que me atrae la idea que tenía de ella. Cada vez me estoy dando más cuenta de que la María que recuerdo y la actual, ya no son la misma. Es una situación complicada y a lo mejor debería cortar definitivamente todo contacto, pero se me hace difícil. Supongo que por costumbre.

—Es normal —dice Sara comprensiva—. Si ha sido una persona importante en tu vida, no es fácil sacarla así por las buenas —Claudia asiente distraída.

—¿Tú has tenido pareja?

—No. Bueno, tuve un novio a los diecinueve años, pero solo durante seis meses.

—¿Y después no has estado con nadie más en serio? —Se sorprende Claudia.

—No. Ha habido meses en los que siempre he quedado con la misma persona, pero nunca se ha formalizado nada.

—Chica sin ataduras por lo que veo —concluye Claudia.

—En parte. No me gusta que me digan lo que tengo que hacer y soy un poco controladora, pero supongo que todo eso también se debe a que no he encontrado a la persona correcta.

Sara queda alucinada de que semejante declaración haya salido de su boca.

—Bueno, yo pensaba que la había encontrado y ahora tengo la sensación de que he perdido cuatro años de mi vida.

—No los has perdido. Mi madre siempre me dice que querer a alguien no es perder el tiempo. Que la otra persona no sepa ver todo lo que puedes ofrecer, no es culpa tuya.

Sin decir nada, Claudia se inclina y la besa tiernamente. Cuando se separan, le acaricia la cara, apartando el pelo que le cae por encima de las mejillas.

—Eres preciosa. ¿Lo sabías? —Sara se ruboriza ante eso, pero lleva ya unos minutos perdida en los ojos color miel de Claudia y no es capaz de apartar la vista.

El momento mágico se ve interrumpido cuando oyen como se abre la puerta de la entrada. Eso coge a Sara por sorpresa, ya que, acostumbrada a vivir sola, no se acordaba de la existencia de su hermano.

—Mierda, Marcos.

Los ojos de Claudia se abren de golpe del susto mientras que también suelta una maldición en voz baja. Las dos se levantan de un salto de la cama y empiezan a vestirse y a taparse como pueden. Oyen los pasos de Marcos acercándose por el pasillo donde la puerta de la habitación ha quedado abierta.

—¡Sara! ¿Estás viva? Tienes todas las luces de la casa encendidas —dice aproximándose.

—Sí, estoy bien. Quédate en el comedor, ahora voy.

—Tarde —ambas se giran para ver a Marcos apoyado en el marco de la puerta con una ceja levantada y una expresión divertida en el rostro.

Por suerte, las dos han conseguido taparse lo suficiente antes de que llegase.

—Y yo preocupado porque habías decidido irte temprano, pero veo que no te has aburrido.

—Cállate —sueltan ambas al unísono, sofocadas de vergüenza.

Marcos solo suelta una carcajada y se da la vuelta para volver al comedor.

Ninguna de las dos sabe muy bien qué decir, pero a ambas les entra la risa y, a pesar de que intentan contenerla, terminan estallando sin poder controlarlo. La situación ha sido bastante cómica a la vez que muy vergonzosa. Sara no se puede creer que su hermano la haya pillado en esa

situación, pero tampoco le ha dado mucha importancia, así que decide relajarse y las dos terminan de vestirse entre besos y miradas cómplices.

—Creo que será mejor que me vaya, ya es muy tarde y mañana trabajo —dice Claudia cogiendo el bolso.

—Sí, yo también debería irme a dormir. Te acompaño.

Salen en dirección a la salida, parando primero en el comedor, donde Marcos está sentado en el sofá.

—Adiós, Marquitos —dice una Claudia sonriente desde la puerta.

—Adiós, Claudia. Siento haberte estropeado la noche.

En la puerta de la entrada, Sara se inclina para dar un beso de despedida a la chica.

—¿Nos vemos algún otro día? —Pregunta Sara.

—Yo el sábado por la noche no hago nada.

—Pues puede que vaya a hacerte una visita.

—Eso espero —dice Claudia saliendo por la puerta—. Te espero el sábado.

La puerta se cierra dejando a Sara con el corazón dando saltos en el pecho y una sonrisa en la cara.

—Te gusta mucho —afirma Marcos, que la mira desde el sofá con una sonrisa maliciosa.

—No me gusta. Me cae bien para pasar un rato.

—Lo que tú digas, pero no le hagas daño, Sara, lo ha pasado muy mal con la ex.

—No se me ocurriría —dice mientras pasa por su lado para ir a dormir—. Buenas noches.

—Descansa.

Cuando Sara se tumba en la cama, el olor de Claudia la inunda por completo. Siente la cara que le quema y no puede borrar la sonrisa tonta que se le ha quedado. ¿Le está empezando a gustar tanto como dice su hermano? No puede ser, a ella no le gusta nadie. Queda con muchas personas, pero nunca se cierra con ninguna, y menos si tienen una historia rara con la ex. Pero por alguna razón, cada vez que cierra los ojos ve la cara sonriente de Claudia en su mente, hablándole, besándola y riéndose de ella.

Esa noche le cuesta mucho dormirse, no para de pensar en Claudia y eso la pone muy nerviosa. Debe controlarse antes de que empiece a sentir algo demasiado intenso por la amiga de su hermano pequeño.

OceanofPDF.com

Capítulo 16

A la mañana siguiente Sara se despierta con la llegada de un mensaje a su móvil. Abre los ojos recordando la noche de ayer y sonriendo, pero la sonrisa se le borra cuando al recuerdo de Claudia, lo acompaña un calambrazo de placer que la deja descolocada.

Sofocada, se incorpora un poco pensando que todavía no deben ser las nueve de la mañana, ya que la alarma no le ha sonado. Coge el móvil para ver quién le ha hablado y se le para el corazón con el nombre.

“No me acuerdo de casi nada de ayer por la noche, pero me encantó verte. Espero que te lo pasases bien”

No se cree ni por un momento que Rubén estuviera tan borracho como para no acordarse. No esperaba una disculpa ni nada por el estilo, pero eso le parece una burla hacia ella. Nota el enfado subiéndole a los oídos. Con lo bien que se había despertado y ya se lo ha tenido que estropear. Decide intentar olvidarse del incidente y obviar el mensaje. Así que vuelve a bloquear el móvil y se levanta.

En la mesa del comedor se encuentra a su hermano desayunando un bol de cereales gigante mientras mira el móvil.

—Adivina quién me acaba de hablar —Marcos levanta la cabeza un segundo antes de volver al móvil.

—Sorpréndeme.

—Rubén —eso sí que capta su atención y bloquea el móvil—. Diciéndome que no se acuerda de nada de ayer pero que espera que me lo pasase muy bien.

—Imbécil —masculla su hermano de mal humor—. Si por mí fuera, habría salido del grupo hace mucho tiempo. ¿Tú cómo estás?

—Claudia me dijo lo mismo ayer por la noche. Bien, no pasó nada, pero gracias por sacármelo de encima.

—No hay de qué —dice volviendo a sus cereales—. Hazme un favor. No vuelvas a quedar con él.

—Ni loca.

No necesita que su hermano se lo diga. Va a ignorar a ese chico para siempre. Suficientemente mal lo pasó ayer por la noche. Por suerte la cosa no terminó en nada grave, pero le va a costar un tiempo olvidarlo. No es la primera vez que le pasa algo de ese estilo, pero sí la primera que pasa con alguien conocido con quien se supone que se llevaba bien. Creía que podían llegar a ser amigos, pero eso ahora es inconcebible para ella.

Intentando olvidar lo que pasó, desayuna y se viste rápido para llegar al entrenamiento con un poco de tiempo. Sabe que Vanesa ya estará allí y quiere contarle las últimas novedades. Las que protagoniza esa chica de pelo castaño y ojos color miel que la tiene cautivada.

—Me gusta Claudia —dice entrando en el despacho de Vanesa como un huracán.

Su prima la mira sorprendida desde la mesa.

—Vale —dice divertida—, pero eso ya lo sabíamos, ¿no?

—Sí, pero es que me gusta mucho y no sé cómo llevar la situación.

Vanesa suelta una risotada que se le borra cuando ve la cara de agobio de Sara.

—¿Y cuál es el problema?

—Que tiene un rollo raro con la ex.

Sara le explica por encima la historia, su prima suspira.

—¿Hasta qué punto te gusta?

—No lo sé, estoy muy confusa, creo que me va a explotar la cabeza.

Sara se masajea las sienes con fuerza, incómoda.

—Me veo con ella, pero al mismo tiempo, me agobia la idea de meterme en una relación seria.

—Pero si no sabes lo que es eso, Sara.

—Claro que lo sé, estuve con un chico durante una temporada, ¿recuerdas?

—Hace mil años de eso, y seis meses no es algo que yo defina como una relación larga. Ahora has madurado, bueno... —se ríe—, estás en ello, y no tienes ni idea de cómo te sentirás en una relación. Mi consejo es que no pienses. Y que tampoco fuerces nada, deja que Claudia sea la que mueva ficha, al fin y al cabo, es ella la única de las dos que tiene cierto conflicto interno con otra persona.

De repente, Sara siente que el consejo de su prima es justo lo que necesita, dejar el balón en el tejado de Claudia y librarse de cualquier

responsabilidad como siempre ha hecho.

—Tienes razón, este sábado hemos quedado, supongo que volveremos a acostarnos y ya está. Yo no le diré de volver a quedar, si quiere algo, que venga ella.

Justo cuando sale Sara, entra Marta para pedirle la copia de la llave de su taquilla.

—¿Otra vez te la has dejado en casa?

—Qué va, es una excusa para verte —bromea la jugadora con una sonrisa macarra.

Vanesa se tensa, le cuesta mucho controlarse cuando su novia entra en el despacho.

—Quédate ahí, en la puerta.

Marta se ríe y le clava una mirada que hace que Vanesa se sienta casi desnuda.

—¿Qué le pasa a Sara? Últimamente está súper dispersa —pregunta Marta buscando algún tema que la distraiga de los pensamientos turbios que comienza a tener.

—Claudia, eso le pasa.

—¿La fisio? —Se sorprende Marta—. Joder con tu prima, anda que ha tardado.

—No es eso —Vanesa se sitúa frente a ella con la llave en la mano—. Parece que le gusta, lo suficiente como para estar así de dispersa.

Marta arquea las cejas al mismo tiempo que echa la mano hacia la llave.

—Si te la vuelves a dejar, la próxima vez harás el entrenamiento en bragas —Vanesa afloja el agarre de la mano y le entrega la llave.

—¿No te apetece uno rápido? —La cara suplicante de Marta, unida al ardor que siente entre las piernas desde que la ha visto llegar, la hace tirar de ella hacia el interior y cerrar la puerta de un portazo.

Capítulo 17

El entrenamiento de ese día le va regular. Se nota que ha dormido poco y, por alguna razón, está más despistada que de costumbre, no termina de poder centrarse en el juego. Eso provoca que se vaya frustrando poco a poco, hasta que termina el entrenamiento de un cierto mal humor que intenta disimular. Tampoco ayuda el hecho de que pille a Martina observándola en varias ocasiones. No quiere hacerle daño, pero ya no sabe cómo dejarle claro que es mejor que se olvide de ella. Por suerte, la chica parece que solo la mira, pero no hace ademán de acercarse. A Sara le gustaría que continuaran siendo amigas, pero por cómo la mira, sabe que primero deben cortar todo contacto, si no Martina nunca va a ser capaz de pasar página.

Después del entrenamiento, Vanesa y Marta deciden ir a cenar con ella y Marcos antes de que él vuelva a Alemania. Pasan una tranquila velada de viernes, cenando pizzas y jugando una partida al Monopoly que se hace eterna. Vanesa y Marta son competitivas por naturaleza, lo que hace que por mucho que se quieran, ambas prefieran que les corten un brazo a perder y, por otra parte, a Marcos le da igual ganar, pero le gusta hacer todas las trampas posibles. Entre uno que se pasa el juego robando a la banca y las otras que encuentran la más mínima oportunidad para arruinarse mutuamente, el juego se alarga interminablemente. Finalmente es Sara, que pasadas la una de la madrugada, lanza el tablero por los aires y da por acabada la partida.

El sábado pasa más o menos igual que el viernes hasta que llega la noche. Cuando poco después de cenar, recibe un mensaje de Claudia preguntándole si quiere ir a dormir a su casa. Sara, con el corazón desbocado, acepta sin dudarle ni un segundo. Tiene la sensación de que lleva dos días pensando en ella sin parar, cosa que no cree que termine de ser buena. Las dos pasan la noche en la cama, comiéndose a besos y hablando. Igual que ha pasado hasta ahora, pueden pasar horas juntas sin

sentir el paso del tiempo. Sara tiene la sensación de que es como si se conocieran desde hace siglos, entre las dos existe una conexión extraña, algo que le resulta difícil de describir.

A la mañana siguiente, Claudia insiste en ir a su partido a pesar de que está fuera de su horario convenido con el club. Sara se da cuenta de que pasan mucho tiempo juntas, pero como siempre es Claudia quien lo propone, no se agobia tanto porque sigue teniendo la situación controlada.

Marcos también asiste, y ambos se pasan el partido pegando gritos desde la grada e inventando cancioncillas estúpidas para animarla. Terminan captando la atención de todo el campo, lo que hace que Sara se quiera morir de vergüenza, aunque muy a su pesar, termina riendo como todos cuando se les acaban las ideas y empiezan a rimar su nombre con cáscara, tarada y cabra. Además, la maniobra funciona para que Martina pueda ver la realidad. La chica la mira mal todo el partido y se niega a hablarle en el vestuario, pero parece haber captado la indirecta.

Una vez acabado el partido, ellos tres, acompañados de Vanesa y Marta, deciden ir a comer a un restaurante del que ellas se escapan lo más rápidamente que pueden para irse a casa de Sara a pasar la tarde. Cuando llegan, están tan llenas de comida que deciden ponerse una película.

Tumbadas en el mismo sofá, una en brazos de la otra, la atención que prestan a la película es poca. Sara tiene la sensación de sentir que flota entre los brazos de Claudia, es algo abrumador, pero como siempre, intenta no darle importancia.

No han llegado ni a la mitad de la película cuando empiezan a quitarse la ropa la una a la otra con desenfreno. Los besos se vuelven más necesitados, al igual que las manos más inquietas.

—¡Dios mío! —Exclama una voz aguda a sus espaldas.

Ambas chicas saltan del susto, que no es nada comparado con el que se lleva Sara cuando se gira para ver a su madre parada en mitad del comedor. Se ha quedado congelada, con la cara pálida y una bandeja de canelones en las manos.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí? —Pregunta prácticamente histérica, mientras ella y Claudia se incorporan y se ponen las camisetas otra vez. Ambas rojas como tomates y sin saber qué decir.

—Yo... Lo siento hija. No debería haber entrado, pero he llamado y nadie contestaba, así que he pensado que estaríais fuera. No esperaba

encontrarme... Bueno, no esperaba esto —de repente su madre se fija en la desconocida—. Hola, soy la madre de Sara, Concha.

—Hola —contesta Claudia con una voz tan débil que prácticamente no se escucha—. Encantada de conocerla. Yo soy Claudia.

—Te importaría ir a esperar a la habitación, Claudia. Tengo que hablar un tema privado con mi hija.

La voz de su madre no ha sido dura ni maleducada, pero deja a Claudia bastante desconcertada. La mira sin saber muy dónde se ha metido y simplemente se gira para irse a la habitación.

—Será solo un minuto —le asegura Sara.

Cuando oye que ha cerrado la puerta de la habitación, se gira hacia su madre.

—¿Qué pasa, mamá? —El tono le sale más seco de lo que esperaba, pero no puede evitarlo.

—Veo que continúas enfadada —la voz es triste—. Es normal, pero por eso estoy aquí. He hablado con tu padre y, aunque él no ha querido venir, le he hecho entrar un poco en razón.

—¿Qué has venido a hacer? —Pregunta tratando de acabar cuanto antes con la conversación, no quiere imaginarse lo que estará pensando Claudia, pero sobre todo, no quiere que se marche.

—Venía a dejarle esta carta para tu hermano. Nunca hemos apoyado ni apoyaremos el camino que ha elegido, pero después de que os fuerais el otro día, me di cuenta de que, si seguimos así, os vamos a perder a los dos. Y créeme, por mucho que me enfade con vosotros, nunca podría imaginarme que me dejaseis de hablar. Insistí mucho a tu padre y escribimos esta nota para tu hermano.

Su madre hace una pequeña pausa para tomar aire.

—Nunca le dimos el dinero que teníamos guardado para su primer piso. Se fue a Alemania y perdimos el contacto. No queremos que eso vuelva a pasar, queremos una relación con nuestro hijo, así que aquí le dejamos un cheque con esa suma de dinero, para que pueda vivir bien donde sea que vaya —Concha deja el sobre encima de la mesa, con las mejillas llenas de lágrimas—. Dile cuando lo veas que espero que nos perdone, que nunca lo hicimos con mala intención. Sé que no hemos sido justos ni los mejores padres para ninguno de los dos, sobre todo para él, pero te aseguro que lo sentimos y que solo intentábamos hacer lo que podíamos con lo que sabíamos.

Su madre se rompe en sollozos y Sara se da cuenta de que ella también está llorando desde hace unos minutos. Sin pensarlo, se lanza a los brazos de su madre y llora como llevaba tiempo sin llorar. Sabe que su madre nunca tuvo mala intención, pero una disculpa era necesaria para empezar a recuperar la relación con Marcos. Por primera vez, puede ver un poco de esperanza al final del túnel y eso la hace increíblemente feliz.

—No pasa nada, mamá —dice con la voz rota—. Te perdono, y seguro que Marcos también lo hará cuando lea esa carta.

Se abrazan unos minutos más, hasta que su madre se separa para sacar un pañuelo del bolsillo.

—¿Quieres esperar a que Marcos vuelva? No le debe faltar mucho y así se lo puedes decir tú misma.

—No, es mejor que me vaya. Tu hermano, a diferencia de ti, necesita pasar sus emociones en solitario al principio. Necesita leerlo y entender qué siente antes de que pueda decir nada. Estando yo aquí, solo lo estresaría.

Asiente consciente de que tiene razón. Marcos siempre ha necesitado su tiempo a solas para asimilar estas cosas. Fue de las principales razones que le empujaron a irse a Alemania.

—¿No te quieres quedar ni a tomar un café o algo? —Pregunta por pura cortesía.

—No, cariño. Te recuerdo que tienes compañía.

—Le puedo decir que se vaya si quieres.

—No, para nada, soy yo la que os he interrumpido. Además, ya he hecho mi parte y me voy feliz de que me hayas dicho que me perdonas. Si quieres, vente a comer el sábado que viene, así también puedes hablarlo con tu padre.

Se despiden emotivamente en la puerta y Sara promete pasar en una semana a verlos.

Dentro de su habitación, la espera Claudia con cara de desconcierto. Sara supone que no sabe si quedarse o irse, pero realmente ahora lo único que quiere es su compañía.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Sara, sintiendo la necesidad de desahogarse, se sienta en la cama junto a ella y empieza a explicarle todo el lío que hay con sus padres. Claudia ya conoce gran parte de la historia, así que Sara no tiene que darle los detalles.

Gracias a ello, Sara nota que la comprende mucho mejor que otras personas y hablar con ella la tranquiliza.

Sorprendida, se da cuenta de que en cualquier otra ocasión, ahora estaría frente a la pared con una brocha llena de pintura, pero ahora, sentada delante de Claudia, no lo necesita. No sabe qué le habrá hecho esa chica, pero está agradecida de tenerla ahí justo en ese momento.

Pasan el resto de la tarde como lo habían iniciado, con besos y películas en el sofá hasta que llega Marcos.

—Será mejor que me vaya, necesitará su espacio para leer la carta — dice Claudia.

Por primera vez, Sara siente un aleteo sacudirle el pecho y una terrible sensación de vértigo ante la idea de su ausencia, tanta, que no es capaz de decirle nada y solo asiente cuando Claudia le da un beso y se despide.

Su hermano y ella se sientan esa noche en el sofá mientras le cuenta todo lo que ha pasado con sus padres. Ambos terminan llorando. Marcos decide llevarse la carta a su habitación para leerla él solo, pero Sara lo oye sollozar desde la habitación cuando se va a dormir.

A la mañana siguiente, su hermano parece de mucho mejor humor y sale a primera hora diciendo que tiene que ir a hablar con sus padres. Sara prefiere no acompañarlo, es una conversación que deben tener ellos a solas y que además no le apetece escuchar.

—No te marches, cuando vuelva tienes que llevarme al aeropuerto — dice Marcos antes de salir.

Sara se queda a solas en la cocina, mirando su móvil tentada de escribirle a Claudia, pero contiene el impulso recordando que para que nada se altere en su vida, no debe ser ella la que provoque los encuentros.

Horas más tarde, lleva a su hermano al aeropuerto en absoluto silencio. Sara no tiene ni idea de qué habrán hablado él y sus padres y Marcos tampoco se lo cuenta, pero se tranquiliza cuando al momento de despedirse, le dice que estas Navidades va a venir a pasarlas en casa.

—Te voy a echar de menos —dice abrazada a él entre sollozos.

Si hace dos semanas le hubieran dicho que iba a disfrutar de tener a su hermano en casa, no se lo hubiera creído, pero al final ha conseguido unificar a la familia y conocer a una chica increíble gracias a él, y lo último era algo con lo que no contaba.

OceanofPDF.com

Capítulo 18

Los acontecimientos del domingo parece que provocan que tanto Claudia como Sara se den cuenta de que les gusta la compañía de la otra más de lo esperado, así que las dos semanas siguientes, quedan varios días sin pararse a pensar en todo lo que eso puede suponer. Mayoritariamente lo hacen para dormir por las noches, cuando ambas ya no tienen nada que hacer. No mezclan sus vidas, ni quedan para hacer nada en especial, solo se ven en una de las dos casas cuando ya ha oscurecido.

En los entrenamientos cruzan alguna mirada cuando Claudia está presente, aunque por suerte para Sara, sus horas en el club suelen ser diferentes a las suyas y están destinadas a atender molestias de las jugadoras fuera del horario de entrenamiento.

Todo lo que comparten ahora mismo, se encuentra encerrado entre las sábanas de una cama y, aunque las dos sienten muchas cosas, ninguna dice nada ni se molesta en cambiar eso. Pero a medida que pasan los días y las quedadas se hacen más íntimas, Sara empieza a estar preocupada por cómo esos momentos se están convirtiendo no solo en sus favoritos de la semana, sino en algo que espera ansiosa y con una expectación cada vez mayor.

No hace ni dos meses que conoce a Claudia y lo que más espera de sus semanas es pasar alguna noche con ella. Su relación evoluciona en esas veladas hasta el punto de que tienen la sensación de que se conocen de hace mucho más tiempo del que realmente es.

Sara flota de felicidad sin ser consciente de ello, su ansiedad desaparece los días que sabe que va a verla y queda en un segundo plano los días que no, porque sabe que al día siguiente la verá. Solo Vanesa y Marta están al corriente de esa extraña relación que mantiene con la fisioterapeuta del equipo y prefiere que nadie más se entere porque como ella misma dice, en realidad, no tienen nada, al menos nada definido y así prefiere que siga, sin compromiso.

—Otra vez el pesado de Rubén —dice tirando el móvil sobre el banquillo, sentada junto a su prima después del entrenamiento.

Las dos están esperando a que Marta salga del vestuario, ella y otras compañeras se han entretenido haciendo tiros a portería y ha ido a la ducha más tarde.

—¿Por qué no lo bloqueas? —Pregunta Vanesa frunciendo el ceño.

—No sé, también me sabe mal, es del grupo de Marcos y Claudia.

—Y ellos te han dejado claro que no lo soportan, dudo que se enfaden.

—Ya, pero sería generar mal rollo entre ellos, no sé.

—Pues no le contestes —resuelve Vanesa, que no soporta a ese tipo de personas que no se dan por aludidas.

—¿Y no es lo mismo eso que bloquearlo? —Sara se ríe y Vanesa pone los ojos en blanco.

En ese momento, Marta sale del vestuario y la casualidad hace que Claudia también aparezca por el pasillo y le haga un gesto a Sara para llamar su atención.

—Anda ve, te esperamos en el coche —dice Vanesa con una sonrisa socarrona.

Sara está roja como un tomate, pero asiente divertida y se va al encuentro de su amante.

—Hola, no sabía que estabas por aquí —dice tontamente.

—Es que me gusta espiarte —bromea Claudia—, vestida con esa equipación pones mucho, ¿te lo han dicho?

Si antes estaba roja, ahora está a punto de entrar en ebullición.

—¿Has venido para decirme eso? —Pregunta sofocada.

—No —sonríe Claudia cautivando por completo a Sara—. Vengo porque este sábado tengo que ir a fotografiar un grupo. ¿Te apetece venir conmigo? —La pregunta la coge por sorpresa, pero sabe la respuesta sin necesidad de pensarla.

—Sí, claro.

Será la primera vez que salgan a algún sitio juntas y le apetece más de lo que esperaba.

—Me apetece mucho —confiesa sin filtro.

—Y a mí me apetece que vengas.

El sábado, Sara está muy inquieta y empieza a prepararse con tiempo suficiente. Hoy no quiere llegar tarde. Se cambia varias veces de ropa y se hace varios peinados diferentes hasta que se decide. Está extrañamente nerviosa y nota la barriga revuelta. ¿Qué le está pasando?

Sale muy temprano de casa, así con un poco de suerte pueden verse antes de empezar el concierto y hablar un poco. El local donde tocan es el mejor de todos los que han visto en esas últimas semanas, es una fábrica abandonada que han remodelado. A diferencia de los pequeños locales donde se conocieron, el gran espacio y los techos elevados de este, dan una sensación de libertad mucho mayor donde Sara se siente más cómoda. Hay bastante gente aglomerada en la entrada, ya que los de seguridad rebuscan en las bolsas de la gente y miran las entradas. “*Necesito una entrada*” Piensa asustada “*¿Me dijo que me la tenía que sacar?*” Intenta recordar la conversación y no cree que Claudia le dijera nada de unas entradas. Empieza a ponerse nerviosa cuando nota que alguien la coge del brazo.

—Aquí estás —Sara se gira para ver a Claudia vestida con un peto vaquero y el pelo sujeto en dos trenzas.

Está más guapa que de costumbre, o eso le parece a ella. La abraza por detrás y ella le devuelve el achuchón.

—¿Tenía que comprar entradas? —Pregunta preocupada, tan nerviosa que se siente estúpida.

—No, para nada. Entras conmigo —dice pasándole una identificación por el cuello—. Hoy eres VIP.

Ambas se dirigen hacia las puertas, donde las dejan pasar sin problemas. Sara se fija en que, aparte de la identificación, Claudia también lleva una gran cámara fotográfica colgada del cuello.

—Parece que es importante el grupo —comenta viendo la cantidad de gente que han conseguido reunir.

—Sí, bastante. Tu seguro que conocerás algunas canciones, tienen bastantes conocidas —dice mientras la guía hacia una plataforma que se alza en medio de donde se empieza a aglomerar el público. Definitivamente, van a poder ver el concierto a la perfección.

Claudia se pone a contarle cosas de su trabajo mientras monta trípodes y limpia lentes. Sara escucha atentamente, siempre le ha parecido interesante el mundo de la fotografía y ver cómo se prepara para immortalizar un concierto, la deja cautivada.

Cuando empieza a sonar la música y las luces se apagan, Claudia se pone la cámara en el ojo y empieza a hacer fotografías. A partir de ese momento, va a tener que trabajar, así que Sara se apoya en la valla que cierra la plataforma y observa cómo, uno a uno, van saliendo los miembros de esa banda que no conoce.

Solo le hace falta dos canciones para ver que, a pesar de no saber ninguna canción, va a ser un gran concierto. La puesta en escena y el directo del grupo son espectaculares, los juegos de luces la dejan atontada y la pasión con la que tocan hace que no pueda apartar la vista del escenario. Las canciones pasan una tras otra sin que tenga ganas de que se termine nunca. A su lado está Claudia que toma cientos de instantáneas por minuto y con eso tiene suficiente para que la velada sea perfecta.

Claudia cambia de posiciones, se mueve a diferentes partes de la plataforma, e incluso, en un momento determinado, se baja y va a hacer fotos desde el público. Se nota que adora su trabajo y es buena en ello, y Sara la mira fascinada.

A mitad del concierto, suena una canción que reconoce, no sabía que era de este grupo, pero se sabe el estribillo. Es muy pegadiza y sabe que la va a cantar durante semanas. Seguida de esta, viene una balada en la que se pide que saquen sus móviles para hacer luz. El público responde con sus linternas y Sara observa como muchos están abrazados a sus parejas o amigos mientras cantan a pleno pulmón. Por primera vez desde que ha empezado el concierto, se siente un poco sola, pero nada más pensar en eso, nota como alguien la coge de atrás. Se gira para ver a Claudia, de nuevo en la plataforma, que la abraza por la cintura y apoya la cabeza en su hombro. Siente como el corazón le empieza a latir muy rápido y corresponde a la muestra de afecto cogiéndole las manos y apretándolas fuerte. Hacía tiempo que no se sentía así con nadie, y la sensación le está gustando más de lo que va a reconocer.

Cuando no puede aguantarse más, se gira todavía en los brazos de Claudia y le da un beso en la boca. Primero tímido, pero cuando ve que Claudia lo acepta con demasiadas ganas, se va volviendo más apasionado y hambriento. Se besan y se abrazan durante toda la canción, que se le hace corta y eterna al mismo tiempo. Cuando por fin se separan, Sara siente que le puede explotar el corazón de alegría, y eso la perturba.

Siguen escuchando el concierto unos minutos, pero de repente se siente inquieta, como si alguien la observara. Repasa la gente de su alrededor hasta que lo ve. En mitad del público, girado hacia ella y mirándola fijamente, está Rubén. Sara siente un escalofrío incómodo, Rubén tiene una expresión que la pone nerviosa. Sin decir nada, el chico se da la vuelta y se dirige hacia la salida, dejándola con un mal cuerpo que le va a ser difícil de

recuperar. Decide no decirle nada a Claudia, no lo ha visto y no hay necesidad de preocuparla.

A pesar de intentar olvidar la expresión con la que la ha mirado Rubén, no lo consigue y se pasa la última mitad del concierto tensa y abstraída en sus pensamientos.

—¿Pasa algo? —Claudia se separa un poco de ella para mirarla a la cara.

—No, nada. Solo que me da pena que se acabe el concierto.

Cuando el grupo termina es bastante tarde y todavía no han comido nada, así que deciden ir a cenar a un sushi. Con el estómago lleno y la alegría que le contagia Claudia, nota como el malestar poco a poco se desvanece. Se autoconviene de que Rubén no hará nada, que solo se ha enfadado y probablemente le envié un WhatsApp algo feo, pero ya está. Recuperado el ánimo, empieza a participar más en la conversación y a darse cuenta de la maravillosa noche que ha pasado. Vuelven andando a casa de Sara, en una nube de felicidad que las envuelve y las acompaña hasta la cama.

—Creo que deberíamos hablar —dice Claudia de sopetón, poco antes de irse a dormir.

Sara nota como se le cierra la garganta. Las conversaciones que comienzan así nunca terminan bien, eso lo sabe todo el mundo.

—¿De qué quieres hablar?

—Pues de lo nuestro. Llevamos algunas semanas quedando varios días, te he invitado a un concierto y nos lo pasamos muy bien juntas. ¿No deberíamos aclarar hacia dónde vamos?

Sara está descolocada, o más bien acojonada, con esto no contaba.

—Odio estas conversaciones —dice metiendo la cabeza debajo de la sábana.

Claudia se la destapa y la mira con cara de interrogación, el tema le parece lo suficientemente serio como para que no huya.

—Algo tendrás que decir, ¿no? —Cuestiona Claudia.

—La verdad es que no sé qué busco ni qué quiero ahora mismo, solo sé que contigo me lo paso muy bien y que no quiero parar de verte.

Claudia enrojece un poco, pero consigue mantener la compostura.

—¿Pero sientes algo por mí?

Otra pregunta que coge a Sara completamente desprevenida. No esperaba para nada terminar hablando de eso esa noche.

—Pues no lo sé —titubea agobiada.

—Eso no es una respuesta —Claudia comienza a estar molesta, pero intenta que Sara no lo perciba.

—Es que de verdad que no lo sé.

—Sara, quedamos a menudo y te comportas de una forma demasiado cariñosa como para que no sepas lo que sientes.

La jugadora no es tonta, y por mucho que Claudia disimula, nota que está empezando a perder la paciencia, pero ella le está diciendo la verdad. Al menos es lo que ella cree. No está hecha para las relaciones, nunca lo ha estado. Es verdad que con Claudia es diferente, pero eso no tiene por qué significar nada.

—¿Y tú, sientes algo por mí? —Pregunta intentando descargar el peso de la pregunta en las dos.

Claudia aparta la mirada.

—Eso no es una respuesta —dice Sara usando lo mismo que le ha dicho a ella antes.

La situación se está poniendo tensa sin que ninguna de las dos pueda hacer nada para evitarlo.

—Pues yo tampoco lo tengo claro —suelta Claudia con un tono un tanto seco.

Sara levanta una ceja esperando a ver si va a continuar o se va a quedar como ella.

—Supongo que sí, porque para mí ya no eres alguien con quien solo quiero pasar las noches.

Sara se tensa, eso significa que hay sentimientos de por medio y todas las alarmas se le activan. Sabe que debe decir algo, no puede quedarse callada después de lo que le ha dicho Claudia. Su amante la mira con expresión tensa y un cierto brillo de esperanza en los ojos que Sara percibe muy bien pero que decide obviar. Su confusión es evidente y si algo le debe a Claudia es no mentirle.

—No quiero hacerte daño, ni quiero que te enfades —empieza a decir, haciendo que la cara de su compañera se tense aún más—, pero te digo la verdad cuando te aseguro que no tengo ni idea. Sé que te estás convirtiendo en una persona importante y las noches que pasamos juntas son las mejores de la semana. Pero más allá de eso no tengo nada claro, Claudia, estoy muy

confusa. ¿Tan malo es que continuemos igual hasta que ambas sepamos qué sentimos?

Se queda un minuto mirándola con incertidumbre, ya que su entrecejo se ha fruncido y Claudia parece un poco dolida.

—No digo que no vaya a sentir nada en un futuro cercano, pero por qué apresurarse. Estamos bien así.

Eso no es verdad, ahora ya sabe que algo es diferente, pero está luchando contra ello desde que su relación con Claudia se ha ido estrechando cada vez más. Admitir eso la pondría en una rueda de explicar sentimientos y empezar a quedar más en serio, y Sara no sabe si está preparada.

Está muy tranquila sin emociones complicándolo todo, pero eso no se lo va a decir, no quiere hacerle daño, así que solo la abraza dándole un beso en la mejilla.

—Dime que estamos bien, por favor —suplica ante el mutismo de Claudia.

La fisioterapeuta la mira y esboza una sonrisa que Sara no sabe definir. Claudia traga saliva y le sonríe tiernamente intentando que todo continúe igual, resignada.

—Tienes razón, es demasiado pronto y lo que tenemos es genial, podemos continuar así por ahora.

Ambas se vuelven a tumbar y el tema cambia por completo a cosas menos trascendentales hasta que Sara se queda dormida. Claudia no puede, ella se ha abierto en canal y Sara no ha dado importancia a sus sentimientos. Y eso duele.

Capítulo 19

Al día siguiente se presenta en casa de sus padres poco antes de las dos, y pasan una extrañamente encantadora comida. Su padre se esfuerza en estar de mejor humor, y su madre hace todo lo que puede para mostrar que se arrepiente de todo. Le dan más comida de la que puede comer, hacen sus platos preferidos y su padre se ofrece a ayudarla si necesita algún arreglo en el piso. Parece que ambos han reflexionado sobre sus acciones y quieren hacer un cambio.

Le explican que ha llamado a Marcos por primera vez en mucho tiempo solo por saber cómo están. Han hablado por teléfono unos minutos y su madre está segura de que eso es algo que hará una vez por semana a partir de ese momento.

—Ahora que he recuperado a mi hijo no quiero volver a perderlo —le dice a mitad de la comida, aunque ella no presta mucha atención, está demasiado dispersa recordando la conversación con Claudia.

Con esos cambios en sus padres, cuando sale de allí después de comer siente que es lo más tranquilo que ha estado con ellos en muchos años. A lo mejor están dando los primeros pasos para conseguir tener una mejor relación entre todos.

Con el buen humor con el que llega a casa, decide llamar a Claudia para ver si quiere ir a ver una película a su casa. No le coge la llamada y a Sara le parece extraño porque es la primera vez que sucede, pero piensa que estará ocupada, así que le escribe un mensaje. Por norma, Claudia no tarda más de una hora en contestarle, así que se pone a mirar una película mientras espera.

Es incapaz de seguir el hilo, está más pendiente del móvil que de la historia, así que lo pone bocabajo y sin darse cuenta, se queda dormida. Cuando se despierta ve sobresaltada que ya está oscuro fuera. Eso no es bueno. Ha dormido demasiadas horas y va a empezar la semana con el horario girado.

Su primer pensamiento después de eso es para Claudia, Sara se agobia pensando que le habrá respondido y esta vez ha sido ella la que la ha dejado esperando, pero cuando vuelve a mirar el móvil, solo encuentra silencio por parte de la fisioterapeuta, y lo peor, ha leído su mensaje. Suspira y se rasca el pelo, no quiere preocuparse ni empezar a darle vueltas al motivo de su mutismo, precisamente por cosas como esta no quiere relaciones, solo traen dolores de cabeza.

Molesta porque el agobio se ha instalado en ella, se dirige a la cama y se acuesta. Sabe que no va a poderse dormir, pero al menos podrá enterrar la cabeza debajo de la almohada.

Durante la semana siguiente, lo que a Sara le había parecido una tontería el primer día, empieza a preocuparla cuando no tiene noticias de Claudia durante toda la semana. Sus mensajes caen en un pozo vacío que llena su mente de una negrura muy incómoda a la que no sabe cómo hacer frente. Le hace varias llamadas a lo largo de los días, pero Claudia deja que el teléfono suene hasta que Sara desiste.

La jugadora no entiende nada. Incluso en el campo parece haberlo planificado todo al milímetro para que no coincidan ni por casualidad. Sara había llegado a plantearse la posibilidad de que estuviera enferma, pero sabe por otras jugadoras que ha ido los dos días que le tocaba. Se plantea la posibilidad de escribirle a su hermano por si ha hablado con ella, pero la descarta de inmediato para que él no haga preguntas que Sara no sabe si quiere responder.

Cuando finaliza el entrenamiento, Sara lleva a Marta y a Vanesa a su casa, su prima ya le ha preguntado varias veces qué le pasa y ella ha contestado con monosílabos que todo estaba bien, pero hoy siente que explota, la falta de respuesta de Claudia la tiene en un estado ansioso que ya no soporta y si se va sola a su casa sabe que las paredes se le caerán encima.

—¿Tenéis algún plan ahora? —Pregunta en cuanto para en la puerta.

La pareja se mira entre ellas con sorpresa y Vanesa contesta.

—No, ¿por qué?

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro —contesta su prima preocupada mientras Marta busca las llaves.

—¿Quieres que te deje sola con Vane? —Pregunta Marta una vez dentro.

—No, cuantas más opiniones mejor —dice dejándose caer en una silla —, porque Claudia no me habla y no entiendo por qué.

Ya lo ha dicho, y sus ojos buscan la respuesta en busca de la única pareja que conoce que tiene una estabilidad sorprendente a pesar de que ambas choquen tanto en tantas cosas. Marta y Vanesa se miran entre ellas con gesto sorprendido y después se sientan junto a Sara para interrogarla.

—No conozco mucho a Claudia, pero algo habrá pasado para que deje de hablarte —dice Vanesa en tono suave, mirando de soslayo a Marta, que permanece en silencio.

Sara está absorta, de repente solo puede pensar en que sus días sin Claudia son agónicos y no es capaz de explicarse cómo ha sobrevivido toda su vida sin ella.

—Joder —dice turbada.

—Joder, ¿qué? —Pregunta su prima con cara de circunstancia.

—Sara, si no te centras es difícil que podamos ayudarte —dice Marta.

Sara se rasca la sien izquierda.

—No ha pasado nada, la última vez que nos vimos en mi casa estábamos bien, bueno, tuvimos una conversación algo intensa, pero después se aclaró todo —explica inquieta.

—¿Qué conversación? —Pregunta su prima intentando hacerse una idea de por dónde van los tiros.

Sara les relata por encima el momento de confesiones que compartieron en la cama, lo hace como si no tuviera importancia, pero Marta le exige que dé más detalles, que no se deje nada, así que Sara, después de resoplar con un agobio cada vez más evidente porque en el fondo sabe que todo el problema radica ahí aunque ella no sepa definir dónde, desgrana cada palabra pronunciada entre ambas.

—Tú eres idiota —suelta Marta con las cejas arqueadas.

Sara se queda pasmada ante la frase lapidante de la novia de su prima.

—Marta, relájate —le pide Vanesa a pesar de que ella piensa lo mismo.

—No me relajo, Vane —dice con gesto indignado y se gira hacia Sara —. Vamos a ver, Sarita. Tienes a Claudia desnuda en tu cama diciéndote que ya no te ve como alguien con quien solo quiere compartir las sábanas, que le gustas y que deberíais hablar sobre hacia dónde va lo que tenéis.

Marta hace una pequeña pausa para coger aire. Vanesa la mira con orgullo. Sara no respira.

—Ella te dice todo eso, abriéndose en canal de forma clara y tú coges y le sueltas cosas infantiles del tipo no sé lo que quiero, seguro que sentiré cosas más adelante —esto lo dice imitando la voz de Sara—, pero para qué cambiar las cosas si estamos bien así. Es que es para matarte, Sara. ¿Tú sabes cómo debió sentirse?

A Sara se le inundan los ojos y se gira hacia su prima buscando en ella alguna frase que la haga sentir mejor. La realidad de las palabras de Marta son como un mazazo, de repente, todo lo que no ha querido ver, aparece ante ella sin que tenga excusa alguna para volver a ocultarlo.

—Lo siento, Sara, pero Marta tiene razón. Debió ser muy humillante para Claudia abrirse de ese modo y que tú ningunearas sus sentimientos de ese modo.

—Pero yo... —balbucea llorosa—. Le pregunté, y dijo que estaba bien y que podíamos seguir como siempre.

—¿Qué iba a decir la pobre? —Suelta Vanesa aguantándose las ganas que tiene de estrangular a su prima por tonta—. Tiraría de orgullo, yo lo hubiera hecho.

—No mientas, tú me hubieras soltado una perla del mismo calibre como poco —dice Marta en un arrebato tan sincero que hasta Sara esboza una sonrisa triste.

—Vamos a ver, y se sincera, Sara, porque si no, esta conversación no tiene mucho sentido —dice Vanesa—. ¿Tú qué sientes por Claudia?

Sara mira a su prima y después a Marta. La angustia le sube por el pecho, pero cuando piensa en Claudia le estalla ese aleteo que últimamente siente con frecuencia. Recuerda su risa, su forma de mirarla y sobre todo ese abrazo que le dio en el concierto y que ella no se esperaba. Es el momento más íntimo y especial que Sara recuerda haber compartido con nadie, y desde entonces la echa de menos cada segundo de cada día.

—Creo que me he enamorado de ella —reconoce cabizbaja.

Marta y Vanesa se miran y sonríen entre ellas.

—Pues entonces se lo vas a tener que decir —dice su prima—, vas a tener que reconocerle tus sentimientos de manera sincera del mismo modo que lo hizo ella contigo. Aquí ya no vale esconderse más, Sara, ya no estáis en ese punto.

—Lo sé, pero hay un problema.

—¿Cuál? —Pregunta Marta.

—Que no me habla, ¿lo habéis olvidado? No contesta mis mensajes ni me coge las llamadas.

—Yo sigo pensando que eres tonta —dice Marta y esta vez Vanesa no la reprende, se le escapa la risa ante la sinceridad de su novia y la mirada de desconcierto de Sara.

—¿Puedo saber por qué soy tonta? —Pregunta ofendida.

—Porque lo tienes muy fácil para hablar con ella sin necesidad de usar el teléfono, Sara —contesta Vanesa—. Te recuerdo que trabaja para el equipo, solo tienes que decírmelo y te reservo hora con ella.

A Sara la boca se le abre, ahora sí que se siente tonta de verdad.

—¿Y si ve mi nombre y dice que se encuentra mal?

Vanesa suelta un resoplido.

—Que ponga el mío —dice Marta con los ojos en blanco.

OceanofPDF.com

Capítulo 20

Claudia se despide de la jugadora a la que atiende y se prepara para recibir a Marta. Es la última visita de ese día y cuando se marche tiene pensado no salir durante el resto de la tarde. Vuelve a comprobar su móvil por enésima vez y suspira con tristeza al constatar que, de nuevo, sigue sin noticias de Sara.

Ni ella misma se entiende, no le contesta ni le coge el teléfono, pero de algún modo le consuela saber que está ahí y que sigue insistiendo, porque eso significa que, aunque ella se niegue a verlo, le importa. Sin embargo, desde hace un par de días, Sara ha dejado de llamarla o enviarle mensajes, en el fondo puede llegar a comprenderla, pero le duele que haya tirado la toalla tan pronto.

Dos golpes en la puerta la sacan de sus pensamientos. Claudia deja el móvil en el cajón, se serena y se levanta para abrir. Su corazón se salta un par de latidos cuando se encuentra a Sara al otro lado y el zumbido sordo y constante en los oídos hace que un silencio extraño lo envuelva todo a su alrededor. Las dos se miran y Sara nota un hervidero de sensaciones a cada cual más desbordante ardiéndole en el cuerpo.

—¿Puedo pasar?

Claudia necesita unos segundos para entender que le está hablando.

—No —niega rotunda—. Estoy esperando a otra chica, si te duele algo pides hora, como todas.

—Lo sé, esperas a Marta, pero no va a venir.

—¿No va a venir? —Claudia está cada vez más confundida.

—No, yo le pedí que se apuntase por mí, por si te daba por huir al ver que era yo —confiesa Sara ante el pasmo de Claudia—. ¿Me dejas entrar ya?

Claudia se lo piensa durante unos segundos, mirándola duramente, pero al final se hace a un lado y Sara entra dejando una estela con su aroma que deja a la fisioterapeuta paralizada junto a la puerta. Es la jugadora la que cierra y también la que la coge de la mano y la guía hasta la camilla, donde

le pide que se siente. Claudia frunce el ceño y quiere apartarse volviendo a tirar de orgullo, pero la seguridad con la que Sara se mueve desde que ha entrado, la tiene desconcertada y no sabe bien cómo actuar.

—Por favor —dice Sara—, siéntate ahí.

—La paciente se supone que eres tú —responde Claudia tratando de salir de su turbación inicial.

—Hoy no, anda sube.

Claudia se impulsa y se sienta dejando las piernas colgando. Sara le coloca las manos en las rodillas y trata de separarlas para hacerse un hueco.

—No —Claudia se resiste, pero no demasiado porque tiene una necesidad abrumadora de sentir de nuevo a Sara.

La jugadora consigue abrirse paso y se coloca entre sus piernas, después la mira a los ojos y le pone las manos en la cintura y, a pesar de que lo hace con suavidad, Claudia siente la corriente atravesarla como un rayo.

—Vengo a pedirte perdón —dice Sara sin apartar la mirada de sus ojos.

Quiere que vea que es sincera, y si mira hacia otro sitio Claudia puede pensar que solo trata de que se le pase el enfado para llevársela a la cama de nuevo.

—No has de pedirme nada, yo dije lo que pensaba y tú también, las cosas son como son —el tono de Claudia no es como el del otro día en su cama, ahora se nota claramente cuánto le duele.

—Lo sé, pero es que yo mentí —confiesa Sara.

Claudia la mira con gesto interrogante, después la aparta y se baja de la camilla, nerviosa.

—¿Mentiste? —La voz le sale estrangulada.

—Sí —Sara la persigue y la coge de las manos haciendo que se detenga en mitad de la consulta—, te dije que no sabía lo que sentía, y no era cierto.

A Claudia le tiemblan hasta los párpados. De la boca de Sara puede salir cualquier cosa, y no sabe si está preparada para escuchar algo que pueda causarle más dolor del que ya tiene.

—¿Y cuál es la verdad entonces, Sara?

Claudia siente vértigo mientras espera la respuesta, pero la sonrisa sincera y tierna de Sara acaba con sus miedos de un plumazo incluso antes de que hable.

—Que te quiero, que me he enamorado de ti y que soy una cobarde por no atreverme a enfrentarme a lo que siento.

La fisioterapeuta abre la boca para decir algo, pero se ha quedado muda, con los ojos anegados y el corazón desbordando una inmensa alegría.

—Dime algo, Claudia, dime que no es demasiado tarde, por favor.

La súplica de Sara es suficiente para que termine de bajar sus defensas y la coja de las mejillas para estamparle un beso en la boca como toda respuesta. Las dos sonríen con los labios apretados y los ojos húmedos.

—Llegadas a este punto, tengo que volver a hacerte la misma pregunta que te hice, Sara —dice Claudia separando sus labios, aunque manteniéndose muy cerca de la jugadora.

—¿Cuál?

—¿Hacia dónde vamos?

—Hacia dónde tú quieras —esta vez Sara responde rápido, no duda, lo tiene muy claro.

Claudia sonríe y vuelve a darle un beso.

—Yo tengo otra pregunta —Sara se pone más seria, dudando de si es un buen momento.

—Dime.

—¿Qué pasa con tu ex?

—Mi ex es historia. Hablé con ella y le dejé claro que no quería volver a verla. Hemos cortado toda relación, ni amigas, ni nada. Te quiero a ti, al principio de conocerte estaba muy confusa y pensaba que me seguía gustando, pero conforme tú y yo íbamos avanzando a nuestra extraña manera, me di cuenta de que simplemente estaba enganchada a ella, era como un vicio, un vicio que no me aportaba nada.

—Y los vicios se dejan —resume Sara sonriente.

—Exacto. Ahora, si no te importa, coge tus cosas y vamos a mi casa a o la tuya, pero vámonos ya porque como nos quedemos un segundo más aquí, te juro que te arranco la ropa y te lo hago en esa camilla, y dudo que aguante el peso de las dos.

Sara se estremece y por un momento se plantea lo de la camilla, pero es demasiado exquisita como para hacerlo en un sitio tan incómodo, prefiere soportar el calentón que le quema las entrañas y llegar a su casa. Allí tiene todo el tiempo del mundo para disfrutar de Claudia.

Epílogo

Dos meses después

Vanesa y Claudia están de pie en el lateral del campo. Vanesa junto a la línea, con el silbato en la boca y la mirada fija en Marta, que corre con el chaleco reflectante naranja para diferenciarse como equipo rival y el balón en los pies. Claudia está por detrás de la entrenadora, solo que ella tiene los ojos clavados en Sara, que vestida con la equipación normal, persigue a Marta como si no hubiera un mañana.

Vanesa sabe que ha sido un error hacer un partido entre las chicas y dejar que jueguen en equipos diferentes, la competitividad de Marta, a falta de estar ella en el campo, se ha volcado en Sara, la única capaz de hacerle sombra y hacer que saque todo su potencial en los entrenamientos.

—Sara, no atosigues —dice Vanesa cuando pasan por delante.

Su prima la ignora y Claudia se muerde las uñas, agitada y nerviosa. Desde que están juntas, la ansiedad de Sara ha desaparecido por completo y está volcada y centrada en el juego, por lo que, cuando pisa el campo, ve el balón y se comporta como si viera una presa. Alcanza a Marta y le mete el cuerpo por delante, las dos empiezan un baile de piernas de movimientos concisos, una para mantener la posesión del balón, la otra para robarlo.

A Claudia le va a saltar el corazón por la boca. Los encuentros así no le gustan porque cada vez que una jugadora acaba en el suelo, las posibilidades de lesión son muy elevadas.

—¿No puedes hacer que paren? —Le pregunta a Vanesa con tono angustiado.

—¿Yo?

Por el tono de Vanesa, Claudia se da cuenta de que en el fondo se lo está pasando bien. Marta parece que se va de Sara haciendo un quiebro, pero en el último instante, la jugadora mete el pie y las dos se van al suelo y Martina, que pasa por allí, se lleva el balón y las ignora.

—Quítate de encima —dice Marta apartando a Sara de su pierna.

Vanesa y Claudia corren hacia ellas, la primera cabreada, la segunda con cara de susto.

—¿Estáis bien? —Pregunta Claudia sin pestañear.

Sara y Marta se miran entre ellas y después alzan la mirada desde el suelo para observar, medio cegadas por los rayos de sol, la cara de sus novias. Las dos estallan en una carcajada y Vanesa se une a ellas mientras pasa un brazo por encima del hombro de Claudia, que mira la escena alucinada.

—Tranquila, te acostumbrarás —dice divertida.

—¿Qué me acostumbraré? —Pregunta horrorizada.

Vanesa asiente y hace sonar el silbato dejándola sorda. Da por finalizado el entrenamiento del día y todas las chicas corren hacia los vestuarios. Marta se acerca a Vanesa y le da un beso en los labios que la entrenadora recibe con ganas antes de pasarle un brazo por la cintura. Sara hace lo mismo con Claudia, aunque ella está más tensa.

—Podías haberte hecho daño, o hacérselo a Marta —la reprende con los labios apretados.

—Estaba controlado —sonríe Sara—. Anda, relájate, que hoy vas a conocer a toda la familia —dice mirando a Vanesa.

Las dos primas se sonríen, por primera vez en mucho tiempo, harán una barbacoa en casa de los padres de Sara aprovechando que Marcos ha vuelto de visita. Vanesa llevará a su padre y Sara aprovechará para presentar oficialmente a Claudia como su novia.

—Estoy relajada —dice Claudia en completa tensión, tesa como un palo.

—Se nota —se mofa Marta—. Tranquila, si no me han comido a mí, no te van a comer a ti, además, tú juegas con ventaja, a Marcos ya lo conoces.

—Y a mi madre —añade Sara divertida.

—Eso, tú recuérdame que nos pilló medio desnudas —se sofoca Claudia.

Las cuatro estallan en una carcajada que hace eco por el campo y emprenden el camino hacia el vestuario juntas, sonrientes y felices de tenerse unas a otras.